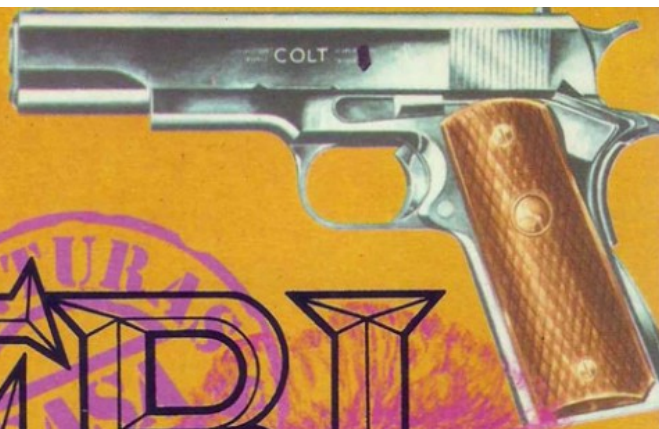




**BOLSILIBROS
EASA**



FBI

**las cenizas
de los muertos**
FRANK McFAIR



6



colección
F.B.I.

© FRANK MCFAIR
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes
I. S. B. N. 84-06-00881-4
Depósito legal: M. 28.845 - 1977

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

**las cenizas
de los muertos**

FRANK McFAIR

colección
F.B.I.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

—SU llave, señor.
Cornet la cogió.

—Y... hay una carta para usted, señor.

La cara de Cornet permaneció impassible. Cogió la carta y se la metió en el bolsillo. Y, sin embargo, sabía que muy pocas personas conocían sus señas en Hong Kong. Y ninguna de ellas le escribía.

Subió al piso segundo y abrió la puerta. Aspiró lentamente el aire. Había en él un efluvio extraño. Algo que no estaba allí cuando aquella misma tarde abandonó la pieza.

Cerró la puerta detrás de sí y metió la mano en el bolsillo. Cuando volvió a salir sujetaba la Magnum firmemente.

La «suite» se componía de una sala, el dormitorio y un baño. Recorrió la sala con la mirada y sus ojos se detuvieron en la terraza. Andando silenciosamente se acercó a la puerta de cristales y abrió estos. Una magnífica vista de la bahía y Kau-lum, al frente, se extendía ante sus ojos.

Pero lo que le interesaba no eran las luces multicolores de Kau-lum, sino saber si había alguien en la terraza.

Nadie.

La terraza estaba separada de las siguientes por paneles de cristal esmerilado. No había luces ni en la de la derecha ni en la de

la izquierda.

Volvió a la sala.

Abrió la puerta del dormitorio. El efluvio persistía, pero no más fuerte ni más débil. Simplemente persistía.

El baño. Nada.

Se detuvo, escuchando atentamente... Nada.

Y, sin embargo, alguien había entrado aquella tarde o aquella noche en su «suite».

Tocó el timbre. Pasados dos minutos llamaron a la puerta. Abrió. La camarera china estaba en el corredor, brillantemente iluminado.

—¿Quiere traerme un poco de té? Por cierto, ¿estuvo usted esta tarde de servicio aquí?

—Sí, señor.

—Esperaba a una persona, pero no sé si habrá llegado mientras yo estuve fuera. ¿Tal vez usted...?

—No he visto a nadie, señor.

—Ni han preguntado por mí, supongo.

—No, señor, a mí, no. Quizá en recepción...

—Bueno, ya me enteraré. Gracias.

—Le subiré el té inmediatamente, señor.

—Gracias.

La camarera se marchó, después de dirigirle otra ojeada. Cornet no era de muy alta estatura, pero sus hombros eran anchos y su cara atractiva. Muchas mujeres se lo habían hecho saber.

Volvió al dormitorio y abrió el armario. Nada parecía haber sido tocado. Sus ropas estaban en orden perfecto, tal como él las había dejado. En el curso de sus viajes había hecho de ese orden una verdadera segunda naturaleza. De ese modo sabía exactamente que tal pieza debía estar colocada en tal lugar exacto.

Nadie parecía haber tocado sus pertenencias. Sin embargo...

Sin embargo, «alguien» había estado allí.

La camarera volvió con el té. Era una china menuda, pero de formas perfectas, lo cual era fácilmente apreciable incluso con su holgada bata verde.

—¿Quiere alguna cosa más, señor?

—Nada, gracias —respondió, sonriendo. En cualquier otra ocasión no le hubiera importado añadir algo, pero no ahora. Tenía prisa por encontrarse solo.

La camarera se marchó. Cornet tiró el té por el inodoro. Aborrecía aquella bebida.

Luego sacó de la maleta un frasco aplastado, lleno a medias de whisky, puso un poco en el vaso y le añadió agua. Mitad y mitad. Con el vaso en la mano, apagó la luz y salió a la terraza.

Ahora sí había luz en la de la derecha. Una voz femenina decía algo y reía. En el espacio de dos minutos rio lo menos tres veces con el mismo tono. Resultaba agradable, pero los pensamientos de Cornet estaban en otra parte.

Asomó a la barandilla. Resultaba difícil salvar aquella mampara de cristales para pasar de una a otra terraza, pero no imposible. Ahora bien, si aquello se podía hacer de noche, de día hubiera resultado muy extraño ver a alguien haciendo de «hombre mosca» por la fachada del edificio.

No, quienquiera que fuese había entrado por la puerta.

Volvió a la sala y sacó la carta del bolsillo.

«Míster Frederick Cornet, Hotel Victoria. Victora.»

Sacó de su maletín un estuche pequeño que contenía una cajita aplastada y un cepillo. Espolvoreó la carta con el contenido de la cajita, y el sobre quedó recubierto por la fina capa de color gris.

Había allí dos juegos de huellas. Unas eran suyas. Las otras podían ser las del recepcionista del hotel. No había más. Tenían, pues, que ser del recepcionista.

Sonrió. Había llegado el momento de abrir la carta.

Lo hizo cuidadosamente para no romper la escritura. Contenía una hoja de papel. Escrito en ella, con letras versales, dos líneas:

«SI DESEA SABER ALGO QUE LE INTERESA, PÁSESE HOY O MAÑANA POR EL «ARREDAJO AZUL». UN AMIGO»

Él no tenía amigos en Hong Kong. No, que le pudieran escribir aquello.

Terminó el whisky. Sabía dónde estaba «El Arrendajo Azul». Había estado tomando una copa allí con Lomaski, del consulado americano.

Miró el reloj. Las nueve. Aún podía tomar una copa en el «cabaret».

Hacía calor. Se metió en el baño, tirando detrás de sí las prendas de ropa y se dio una ducha. Refrescado, se dio una pasada con la

máquina eléctrica de afeitar y volvió a vestirse. Un pantalón de hilo y una chaqueta fresca, lo suficientemente amplia como para ocultar la funda sobaquera.

Luego, salió. Saludó al recepcionista del hotel, que en ese momento estaba atendiendo a un hombre, y salió a la calle. El portero se tocó la gorra con el dedo índice.

—¿Taxi, señor?

—Sí.

Un taxi se colocó inmediatamente bajo la marquesina, atento al silbido del portero.

—Al «Arrendajo Azul».

A través del retrovisor vio el rostro del taxista. Descendieron por la empinada cuesta hasta llegar a la plaza del Ulster. Torció a la derecha y penetró en la zona residencial inglesa. El «Arrendajo Azul» estaba en una calle corta, detrás de un grupo de nuevos edificios para oficinas.

Cuando llegó frente al «cabaret», en cuyo frontis un pajarraco estilizado se encendía y apagaba intermitentemente, dejó el taxi.

—¿Le espero, señor?

—No, ya conseguiré otro. Quizá tarde.

Detrás de la puerta, tras la que reinaba un portero uniformado, había una cortina. Seis o siete escalones llevaban a la sala.

Los ventiladores apenas daban abasto para mitigar aquella atmósfera de humo. Débiles lamparillas verdes ardían en cada mesa, presentando a las caras de los asistentes el aspecto de cadáveres de ahogados. Era la hora de la cena.

Apenas había otra cosa que ingleses, o por lo menos europeos. Los camareros chinos se movían silenciosamente entre las mesas, sirviendo «chop suey», aletas de tiburón, cerdo en salsa y arroz con pollo.

Al menos, pensó Cornet, eso debía ser, porque resultaba muy difícil ver de una mesa a otra.

Se acercó al bar, colocado en un rincón, y un poco más iluminado. Pidió whisky y lo bebió lentamente.

—¿A qué hora comienza el espectáculo? —preguntó.

—Dentro de media hora, señor. ¿El señor no ha reservado mesa?

—No. Hágallo por mí, ¿quiere?

Terminó el whisky y un camarero lo llevó hasta una mesa. Como

no había cenado pidió un poco de «chop suey». Antes casi de que lo hubiese terminado, comenzó el espectáculo.

El «strip tease» habitual, a cargo de una joven que anunciaban como «mademoiselle X», y que actuó con evidente competencia. Cornet comenzaba a cansarse, y ya iba a por el tercer whisky después de la cena, cuando alguien tropezó con su mesa.

—Perdón —dijo una voz en inglés.

—No hay de qué.

El otro se alejó. Junto al vaso de Cornet había un pequeño rectángulo blanco que antes no estaba. Se lo metió en el bolsillo y, cuando la atracción comenzó de nuevo, esta vez a cargo de dos gemelas chinas que se desnudaban mutuamente, aprovechó para leerlo.

«En el bar de enfrente, dentro de media hora.»

Se lo guardó de nuevo y pidió la cuenta.

El bar de enfrente era un sucio tabuco, con el suelo lleno de aserrín. Varios chinos bebían lentamente en el mostrador. No había ningún europeo.

Pidió un whisky y esperó, preguntándose cuál de aquellos chinos sería el que quería hablarle.

No fue ninguno de ellos. Un hombre de baja estatura, pero muy ancho de hombros, se asomó a la puerta, lanzó una indiferente mirada al interior y, al tropezar sus ojos con los de Cornet, le hizo un rápido gesto, indicándole la salida.

Cornet terminó su whisky, pagó y salió. El hombre se alejaba lentamente por la calle, y ya estaba casi en la esquina. Cornet sorteó los grupos de transeúntes y lo alcanzó.

—Bueno —dijo en voz baja—. ¿Qué hay?

El hombre se volvió hacia él. Vestía un sucio traje de hilo. Su cara era encarnada y sus ojos muy azules.

—Sígame —dijo entre dientes.

—No.

—No discuta ahora.

—No, antes de saber qué es lo que quiere o adónde me va a llevar.

—A un sitio donde podamos hablar. Está cerca. Usted sígame.

Se metió por la calle lateral, menos iluminada, y anduvo por ella. La calle se alejaba del puerto y estaba en cuesta. Casi a su

final, el hombre se detuvo en un bar muy parecido al anterior. Una esterilla de junco, pintada de colorines, cubría la entrada.

Cuando Cornet penetró en el bar el hombre estaba sentado en una mesita baja, con los pies estirados.

—Bueno —dijo Cornet, sentándose junto a él—¿A qué viene toda esta farsa?

—¿Farsa?

—Sí.

—No quería que me viesen con usted, eso es todo. Y no es ninguna farsa, amigo.

—Pues hable, «amigo», si es que aquí se siente seguro; pero conste que no iré más lejos.

—El dueño de esto me debe algunos favores. Aquí estaremos seguros.

—Seguros, ¿contra qué?

—Míster Cornet, usted parece que no se ha dado cuenta aún. Yo sé quién es usted.

—¿Sí?

—Sí. Y sé a lo que ha venido aquí.

—Bien.

Cornet encendió un cigarrillo. El otro cogió el paquete y tomó otro para sí. Fumó con ávidas chupadas.

—Sí, lo sé, míster Cornet, así que vamos a poner las cartas sobre la mesa.

—Veamos las suyas primero.

Cornet estaba pensando furiosamente. Solamente tres personas sabían quién era él en Victoria. Solo tres. Una de ellas debía haber hablado. Pero, ¿cuál?

—Míster Cornet, yo le puedo ayudar mucho. Pero eso... cuesta dinero.

—Antes de nada dígame quién es usted.

—No tiene importancia.

—Para mí, sí.

—Mi nombre es Smith.

—Ya.

El otro sonrió ligeramente. Bebió su whisky con un simple movimiento de la muñeca, enviando el líquido a la garganta directamente, y pidió otro.

—Usted paga —añadió.

Cornet lo estudió con atención. La nariz de Smith brillaba de sudor o de grasa y su pelo estaba muy sucio. Las ropas, remendadas y de dudosa limpieza.

—Yo —dijo el hombre—me dedico a investigaciones.

—Bien, siga.

—Tengo buenos clientes entre los chinos ricos.

Cornet lo dudaba, pero le dejó hablar. El segundo whisky siguió el mismo camino que el primero, con aquella velocidad y pericia que indicaban al bebedor habitual.

—Uno de ellos me habló de usted.

—¿Sí?

—Sí. Pediré otro whisky.

—Hágalo.

Lo bebió con la misma ansiedad. Su rostro se puso más encarnado, pero no dio la menor muestra de ebriedad.

—¿Y sabe lo que quería el chino?

—No.

—Que lo matase a usted.

CAPITULO 2

NI un músculo de la cara de Cornet se movió. Continuaba mirando a su interlocutor con la misma fijeza e impasibilidad.

—Y usted, ¿qué respondió?

Smith rio tontamente.

—Nada. Le dije que lo pensaría... Tomé mis informes.

—¿Y bien?

—Míster Cornet, ese chino me pagaba muy bien. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero yo sé que el Gobierno americano paga aún mejor.

—¿Lo sabe?

—Sí. Por lo menos... lo supongo.

—Y... ¿cuánto cree que le pagaría en esta ocasión?

—Digamos... mil libras esterlinas.

—Digamos un millón. ¿Qué más da, puestos a pedir?

—Le estoy hablando en serio.

—Y yo.

—Su Gobierno pagará esa cantidad cuando diga que...

—¿Qué?

—Míster Cornet, ¿usted cree que soy tonto?

—No creo nada. Espero.

—Pues ya puede esperar, si cree que le voy a decir lo que sé antes de que me garantice esa cantidad. En billetes de a una y cinco.

Cornet encendió un cigarrillo. El otro aprovechó la ocasión para apoderarse de otro y encenderlo con avidez.

—No parecen irle a usted las cosas muy bien con sus ricos clientes chinos.

—Eso no le importa a usted maldita la cosa.

Se había puesto furioso. Sus ojos azules brillaban.

—Bueno, ¿pagará o no?

—No.

—¿No? ¿Ni aunque yo le dijese que sé dónde está el hombre que se hace llamar Joe Jung?

Aquello iba en serio. La mano de Cornet permaneció firme sobre la mesa, sujetando el cigarrillo; pero su mente trabajaba a toda velocidad. Alguien iba a pagar por todo aquello. Tantas filtraciones en solo tres días que llevaba en Hong Kong eran demasiado. Alguien pagaría, ya lo creo.

—¿Qué? ¿Qué me dice ahora?

—Lo mismo. Nada.

—No me irá usted a decir que no le interesa mi información.

Había una nota de ansiedad mal disimulada en su tono.

—Usted ha venido aquí buscando al hombre que se hace llamar Joe Jung. No lo niegue.

—Sí, pero por ello no vamos a pagar mil libras. Ni siquiera ciento. Yo sé dónde está Jung.

—¿Usted? No me haga reír, amigo. Si usted lo supiera no estaría aquí, sino tratando de pescarlo. Y, ¿quiere que le diga una cosa? No lo conseguirá si no es por medio de mí. Ponga ese dinero en mis manitas y yo lo llevaré a... al sitio donde se oculta.

—¿Quién es el chino que le ha pedido que me mate? ¿Joe Jung?

El inglés se echó atrás en su silla y comenzó a reír estúpidamente.

Se limpió las lágrimas.

—¿Joe Jung? No me haga reír. Si Joe supiera que usted anda detrás de él, lo mataría sin darle tiempo a beberse ese whisky. Así.

Chasqueó los dedos.

—El precio de mil libras no es solamente por decirle dónde

puede encontrar a Joe Jung, sino por no decirle a él que usted le anda detrás. Por eso. Es barato, ¿no?

—¿Quiere decir que si no le pagamos usted iría a ver a Joe Jung y le diría quién soy yo?

Los ojos del otro brillaron turbadoramente.

—Podría hacerlo, si quisiera.

—Bien, ¿y si yo le garantizo el dinero...?

—Nada de garantizar, amigo. En mis manitas la «pasta» y hablemos.

—¿Dónde vive?

—¿Quién, yo? Eso no importa. Yo le llamaré por teléfono al hotel dentro de... digamos dos días, y usted me garantiza la «pasta».

—Cuatro días.

—No. ¿Es que me toma por tonto? Dos días.

—Está bien. Llámeme. Ya le diré lo que hay.

—Oiga. Yo me voy a marchar ahora, en cuanto me acabe el whisky que voy a pedir. Pero usted se quedará aquí. El dueño es amigo mío. Si sale usted detrás de mí, él me lo dirá y no habrá nada que hacer sobre el negocio. ¿Entiende? No está usted tratando con un tonto, sépalo.

Parecía muy afanoso porque su interlocutor lo creyese listo. Cornet se encogió de hombros.

—Bueno.

—Yo le llamaré por la noche al hotel. Procure estar en él.

—Lo haré.

El hombre bebió su whisky y salió. Cornet esperó tres segundos y luego miró al dueño. En su mano había un billete de cinco dólares.

—No le diga a ese hombre que he salido ahora —pidió secamente—. Habrá otro igual para usted si no lo hace.

El chino asintió. Cogió el billete y se lo guardó.

Cornet salió a la calle y miró. No se veía a Smith. Y no podía haber recorrido la calle en tan corto espacio de tiempo. Volvió al bar.

—¿Dónde vive ese hombre? Le daré diez dólares más si me lo dice.

El chino movió la cabeza.

—No lo sé.

—¿No lo sabe o no lo quiere decir?

—No lo sé. Por diez dólares se lo diría, pero no lo sé.

—Ha tenido que meterse en una casa de esta misma calle.

El chino movió la cabeza de nuevo.

—Ha podido hacerlo, sí, pero no logrará usted nada. Todas ellas se comunican más o menos entre sí. Usted se perdería.

—Entiendo. ¿Usted es amigo de ese hombre?

—No. Me paga de cuando en cuando por dejarle dormir ahí dentro.

Cornet le dio otros cinco dólares. Luego, salió.

Cogió un taxi casi en la puerta del «Arrendajo Azul», y se dirigió al hotel.

Una vez en su habitación, notó que el perfume se había diluido mucho, pero aún persistía. Era algo semejante al heliotropo. Volvió a recorrer las habitaciones sin encontrar nada. Luego, cogió el teléfono.

—Póngame con WD. quinientos cincuenta y siete —pidió a la centralita.

Una voz suave dijo:

—¿Sí?...

—¿Cómo estás, querida? ¿Te disponías a acostarte?

—No, ¡querido!

—Te hablo desde el hotel. ¿Puedo verte mañana a primera hora?

—Sí, claro, querido. Precisamente mañana no tenía otra cosa que hacer.

—Entonces, a las nueve.

—A las nueve, querido. No faltes.

Colgó.

Encendió un cigarrillo, sacó dos hojas de papel, adheridas entre sí, y con un lápiz muy blanco comenzó a escribir sobre la de encima, marcando apenas los trazos.

Cuando acabó, despegó ambas hojas cuidadosamente. Ni el ojo más experimentado hubiera podido ver las marcas en la segunda, pero sí una maquina especial.

Quemó el original hasta reducirlo a cenizas finísimas, sobre un cenicero, y luego las arrojó por el inodoro.

Sobre la copia y con la estilográfica, escribió varias sumas en distintos ángulos, como si hubiera estado echando cuentas, y lo

metió en su cartera entre varios otros papeles iguales.

Solo después de ello se permitió un whisky. Mientras lo estaba terminando, llamaron a la puerta.

Se dirigió a ella y la abrió.

Se encontró mirando directamente a la boca de una pistola, provista de silenciador.

Alzó los ojos. Una cara pálida, sobre cuya blancura un poco enfermiza destacaban dos ojos negros y oblicuos, de mirar fijo.

—Atrás.

El hombre llevaba una chaquetilla blanca. Cornet retrocedió dos pasos y el visitante entró y cerró la puerta tras de sí.

—No se mueva.

Una mano larga, sarmentosa, adelantó hacia él y se metió entre la chaqueta y la camisa de Cornet. Salió armada de la Magnum.

—Siéntese en esa silla y ponga las manos en la nuca. Y no se mueva, porque le pego un tiro.

Cornet obedeció. La postura resultaba humillante, pero algo en los ojos del chino le decía que convenía obedecerle.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿A qué viene esto?

—Va usted a salir a dar un pequeño paseo conmigo.

—¿Por qué?

—No me pregunte. Yo tengo una pistola y usted no. Así que no pregunte. Va a venir conmigo.

—¿Puedo preguntar dónde, por lo menos?

El hombre no respondió. Miraba a su alrededor. Con pasos elásticos, un poco gatunos, se dirigió a la puerta del dormitorio y la abrió. Echó una ojeada dentro.

—Venga aquí. Pero sin quitar las manos de la nuca.

Cornet obedeció. El hombre, dirigiéndole rápidas miradas, comenzó a abrir el armario. Movía la cabeza tan pronto hacia Cornet como hacia los objetos de este, mientras los revolvía.

—Si me dice lo que busca, tal vez le pueda ayudar sin necesidad de desordenarlo todo.

—Cállese.

En un momento, todas las pertenencias de Cornet quedaron esparcidas por el suelo y la cama. Cogía los objetos, los miraba con pericia y luego los arrojaba tras de sí.

—¿Lo encontró?

—Le he dicho que se calle.

Se detuvo en medio del dormitorio, pensativo, pero sin dejar de lanzar rápidas miradas hacia el americano. Por fin pareció tomar una resolución.

Se dirigió a la puerta y escuchó con la oreja pegada a la madera.

—Vamos a salir —añadió, consultando el reloj.

Cornet lanzó una ojeada al suyo. Las doce. Se oían pocos ruidos.

El hombre se quitó la chaqueta blanca y quedó en mangas de camisa. Tiró a un lado la prenda.

—Adelante.

La mente de Cornet barajó en un momento tres maneras distintas de hacer cambiar la situación, pero todas ellas eran igualmente peligrosas. Muy difíciles y peligrosas.

Por otra parte, si lograban sacarle del hotel la situación se convertiría en francamente desagradable. Intentó una de ellas.

—Escuche —dijo—. Vamos a tomar las cosas con calma. No sé lo que usted quiere, pero yo no deseo abandonar el hotel. Tengo sueño. ¿Por qué no me explica de qué se trata y procuramos arreglar el asunto? Si es dinero...

—No. Vamos a salir, y procure no decir ni una sola palabra mientras atravesamos el corredor y el vestíbulo, porque lo mataré.

—Y lo prenderán a usted.

—Eso no importa. Pero si usted quiere seguir vivo, no haga ni diga nada.

—Bueno, pero, al menos, podrá explicarme a qué viene todo esto. Solo soy un simple viajante de comercio...

—Si lo es, no tiene por qué preocuparse.

—¿Qué le parecen veinte dólares y nos dejamos de tonterías?

—No.

—¿Cincuenta? No me gustan las armas de fuego. Llevo una porque en mi profesión viajo mucho, pero... no me gustan. ¿Cincuenta dólares?

—No. Ya lo sabe. No haga ni diga nada, si quiere seguir viviendo. Ya lo sabe.

En aquel hombre no había truculencia alguna. Hablaba y accionaba con una frialdad mucho más aterradora que cualquier gesto dramático.

Se había colocado junto a la puerta. En ese momento, y mientras

Cornet estaba ya casi decidido a lanzarse en plancha hacia él, se oyó un rápido taconeo en el corredor.

El chino se alertó. Sus ojos se apartaron de los de Cornet y se posaron en la puerta.

«El momento», pensó el americano.

Tensó los músculos, preparado para el salto, y no ignorando que si el hombre tenía buena puntería —y no había ninguna razón para suponer lo contrario—, aquello sería lo último que hiciera en su vida.

Los pasos se pararon ante la puerta. Los dos hombres contuvieron la respiración.

Y, luego, alguien llamó.

El chino se colocó junto a Cornet de un salto.

—¿Quién es? ¿Espera a alguien?

—Sí.

Era lo primero que le había acudido a la mente. Pero el otro no podía saber que a nadie esperaba.

—No se mueva. Deje que crea que no hay nadie.

La llamada se repitió.

Y luego:

—Querido, sé que estás. Abre enseguida. No me vas a tener toda la noche en este lugar.

—Sabe que estoy aquí —dijo Cornet en voz baja.

Los ojos del chino se revolvieron con rapidez.

Luego, de un salto, penetró en el dormitorio.

—No se mueva. Lo voy a tener a cubierto. Usted y ella morirán. Despídala con cualquier pretexto. Lo tendré cubierto. Un simple movimiento o una palabra y usted y ella morirán.

Así, sin palabras inútiles. Por un momento, Cornet sintió cierta admiración por el hombre. Sabía lo que quería y funcionaba como una máquina perfecta.

Cornet, con movimientos medidos, se acercó a la puerta. En su nuca sentía la mirada del chino. «Sabía» que era como el hombre decía. Que estaba cubierto y que él y... «¿ella?» morirían.

Abrió.

—Pero, querido, ¿qué te ocurría?

Y la mujer entró en la habitación.

CAPITULO 3

CORNET la veía por primera vez en su vida. Era rubia, con el pelo color de trigo tostado. Dos ojos grises, muy separados y provistos de largas pestañas naturales, iluminaban la parte superior de su cara; la inferior se realzaba por una boca grande, de labios rojos.

—Querido —insistió ella. Sus ojos se separaron de los de Cornet y erraron un segundo por la habitación. Luego volvieron al americano.

Llevaba un vestido de noche hasta media pierna y un ligero gabán en el brazo derecho, colgando al desgaire.

Con la mano izquierda le empujó ligeramente. Apenas habían transcurrido tres segundos desde que Cornet abriera la puerta.

—¿No me vas a dejar pasar, querido?

—El caso es que pensaba...

—¿Pensar tú, querido?

La presión de su mano sobre el pecho del hombre se hizo más fuerte. Cornet se vio obligado a dejarla pasar.

—Me habías prometido una copa y la tomaremos, querido. Solo una, te lo prometo, pero esa la vamos a tomar.

Parecía ligeramente ebria. Se apoyó en la puerta y esta se cerró suavemente tras de ella.

—¿Es que te habías olvidado de mí? Vamos, dime que te habías olvidado de mí y te saco los ojos.

—Naturalmente que no, pero en este momento...

—La copa y me marchó. Si es que estorbo...

—Pues... sí. Perdona mi brutalidad, pero en este momento preferiría que te marchases.

Ella se paró en el centro de la habitación, con las cejas fruncidas.

—Así que era eso, ¿eh? Está bien, dame la copa y me marchó. Te prometo que no te interrumpiré.

Había dado un traspíe. Recuperó el equilibrio casi junto a la puerta del dormitorio. Cornet sintió que un sudor frío le empapaba la camisa en la espalda.

Y entonces las cosas sucedieron con tal rapidez que apenas pudo seguirlas.

La joven empujó la puerta del dormitorio y una de sus bien formadas piernas se levantó del suelo en un arco de cuarenta y cinco grados, golpeando a algo que estaba fuera de la vista de Cornet. Se oyó un ahogado gemido en el interior del dormitorio.

—Sal de ahí —dijo la mujer.

El chino apareció en la puerta del dormitorio. La mujer tiró el abrigo al suelo y en su mano había una pistola igualmente provista de silenciador.

—No te muevas.

El chino no le hizo el menor caso. Lanzó un golpe con el canto de la mano directamente a la garganta de la mujer y mientras Cornet ahogaba un aviso. Ella se apartó con ligereza.

El chino volvió a golpear, esta vez tratando de alcanzar el pecho de la mujer. Cornet se lanzaba ya al asalto, cuando la pistola de ella hizo «plop».

El asaltante abrió mucho los ojos y se llevó las manos al pecho. Luego se recostó en la pared y fue deslizándose lentamente por ella, hasta quedar sentado. Después se venció del hombro derecho y finalmente rodó al suelo. Allí se quedó quieto.

—No necesitaba haberlo matado. Sin su pistola hubiera podido sujetarlo yo —dijo Cornet.

—¿De veras?

La mujer contempló el cuerpo del chino. Se inclinó sobre él y le tocó el pecho, sobre la camisa.

—Le di de lleno —dijo—. Afortunadamente para usted, llegué a tiempo.

En ese momento, Cornet percibió el olor a heliotropo. Emanaba directamente del cuerpo de la mujer.

—Usted estuvo esta tarde en este cuarto.

—Sí.

—¿Qué buscaba?

—No tiene importancia.

—Por el contrario, la tiene y mucha. Dígamelo.

Con un movimiento casual, la pistola de la joven describió un giro de noventa grados y apuntó directamente al pecho de Cornet.

—¿Es que quiere obligarme a decirlo por la fuerza?

—No.

—En ese caso, apártese un poco más. No me gusta tener la ganta tan cerca.

—¿Quién es usted?

—No creo que importe mucho. Vaya hacia el otro lado de la habitación. Y no toque ninguna de esas pistolas. Disparo aprisa y nunca fallo.

Cornet retrocedió. Le parecía estar todavía en medio de una pesadilla de la que debería despertar de un momento a otro.

¿Lanzarse sobre ella? Ya había visto cómo esquivaba aquellos dos perfectos golpes de karate que el chino le lanzó.

Y la mortal pericia con que había disparado sobre él. A matar, había dicho. Y lo había matado.

La mujer se inclinó sobre el cuerpo del chino y lo registró rápidamente. Sacó dos papeles de su bolsillo y los guardó en el seno.

—Ahora —dijo ella pensativamente —, debemos estudiar la manera de sacar a este hombre de aquí. Pero ello no podré ser hasta bastante más tarde.

—Al menos —dijo Cornet enfurecido —, podría decirme cómo es que llegó tan a tiempo.

Los ojos grises lo examinaron con atención. La mirada recorrió al hombre desde el pelo hasta los zapatos brillantes.

—En realidad —dijo— importa poco. El caso es que he llegado... «tan a tiempo».

—Usted sabía que ese hombre había venido a mi cuarto con... el

propósito que fuese.

—Sí, naturalmente. ¿Qué va a hacer?

La voz de ella había sonado con un timbre más agudo y la pistola había vuelto a alzarse.

—Servirme un whisky. Y su copa, de paso.

—No la necesito —respondió ella riendo.

Cornet frunció las cejas.

—¿No la quiere ya?

—No, era la excusa que precisaba y ahora no necesito excusa alguna.

Cornet se sirvió un vaso casi lleno y lo vació de un trago. Se volvió a la mujer.

—¿Quién es ese hombre?

—¿El muerto?

Ella dirigió los ojos al cuerpo caído.

—Un pistolero. Nadie importante.

—Cuando me digan todos ustedes lo que desean matándose en el cuarto de un agente de negocios que...

Ella volvió a reír.

—Vamos, míster Cornet. O... míster Lexington, si lo desea.

Cornet no hizo el más ligero movimiento.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho «míster Lexington». ¿No es ese su nombre?

—Mi nombre es Cornet.

—No. Pero, en realidad, importa poco.

—He dicho que me llamo Cornet. Cualquiera puede decírselo.

—Es posible. Bien, míster Cornet, ¿quiere ser tan amable de vaciar sus bolsillos sobre esa mesita? Todos los bolsillos, naturalmente.

Pensó un momento.

—No. Hay una cosa mejor. Quítese la chaqueta y déjela en el suelo.

—¿Y si no quiero? Me parece que ya he sufrido bastantes tonterías esta noche. Un pistolero chino —según usted—, que me amenaza con un revólver, una dama que mata al pistolero y que me sigue amenazando con otra arma... Decididamente, no quiero.

—¿No?

La pistola apuntó a su pecho.

—Hágalo o dispare.

Un agente comercial no se dejaría matar por no querer quitarse la chaqueta. Cornet se sacó la suya y la dejó en el suelo. La muchacha se agachó y comenzó a registrarla.

—Apártese, míster Cornet. Exactamente quiero que se coloque en aquel rincón.

Le señalaba el más alejado a ella misma.

Cornet obedeció. En aquel momento, un violento impulso de echarse a reír lo sacudió. Si alguien pudiera haberle estado observando en la última media hora...

El chino y... la dama. La dama del perfume heliotropo y que tan perfectamente manejaba la pistola.

Mientras ella permanecía agachada, la contempló. Caderas redondas, piernas fuertes, pecho erguido y cintura inverosímilmente estrecha. Estaba sumamente atractiva en aquella postura, mientras sus manos registraban apresurada pero eficientemente la cartera.

Miró los papeles llenos de cifras y los dejó a un lado. Cuando acabó con la chaqueta, miró al hombre.

Cornet sonrió.

—¿Qué quiere, que me quite también la camisa y los pantalones?

—No será necesario. Límitese a vaciarlos.

—Veamos; si me dice lo que busca, yo quizá le pueda ayudar.

—La placa y las credenciales de agente federal norteamericano.

Ya estaba allí. Cuando lo llamó por su nombre, sabía que este momento había de llegar. En la última línea de su dispositivo de defensa, esbozó aún una protesta.

—¿Un agente federal? Usted no está bien de la cabeza.

—¿No?

Ella tomó su liviano abrigo de seda y sacó algo del bolsillo. Un pequeño encendedor.

—Tenga y mire de cerca el recuadro del borde superior.

Cornet cogió el objeto. Era un encendedor muy común, de gas, que en el borde superior tenía un pequeñísimo rectángulo transparente.

Era cristal, y cristal de aumento. Y, al acercarlo a su ojo derecho, guiñando el izquierdo, vio en él su propia fotografía. La misma fotografía que campeaba en su credencial.

—¿Qué responde? —preguntó ella alzándose.

—Usted gana.

Metió la mano en un bolsillo situado bajo el cinturón.

—Quieto —dijo ella tensamente.

—Voy a darle lo que quiere.

—Vaya con cuidado. Lo mataré si hace un movimiento inútil.

—Lo supongo.

Sacó la credencial y se la mostró. Ella sonrió mientras la sacaba.

—Conforme, míster Cornet. Si no le importa, seguiré llamándole así.

«No por mucho tiempo», pensó él amargamente. Ahora tenía algo más que añadir al informe que había escrito una hora antes.

Ahora tendría que añadirle una coletilla:

«Y les ruego que se sirvan aceptar mi dimisión y que envíen en mi lugar a alguien que no sea un burro orejudo y estúpido. Sinceramente suyo, Frederick L. Lexington.»

—Ahora ya sabe usted quién soy.

—Lo sabía ya hace varias horas.

—Pero, para estar igualados... ¿quién es usted?

—Eso, míster Cornet, puede esperar aún. Por de pronto, ¿cómo nos desharemos del cadáver antes de que la camarera de día venga a hacer la limpieza de la habitación?

CAPITULO 4

—No hay más que un medio. Yo diré que entré en mi habitación amenazándome con un revólver y que tuve que defenderme. En la lucha, la pistola se me disparó y él murió. Si doy la alarma ahora mismo...

—¿Cómo justificará que lo matase una pistola que no es la Magnum que usted usa? —preguntó ella, dirigiendo una ojeada al arma de Cornet, que estaba todavía en el suelo.

—Usted puede dejarme la suya.

—No.

La respuesta había sido seca. Cornet se extrañó.

—¿Por qué no?

—Porque no. Tenemos que sacar a ese hombre de aquí sin que nadie se entere.

—Pues, entonces, llevémoslo entre los dos, como si estuviese borracho y saquémoslo del hotel. Lo metemos en un coche...

—¿En qué coche?

—Yo qué sé. Se puede alquilar uno.

—No.

Pensó un momento.

—La terraza.

—¿Qué es lo que quiere hacer? ¿Lanzarlo por ella?

—Descolgarlo solamente. Una vez abajo, en la calle de Cleeve, un simple empujón por encima de la balaustrada lo enviará a la bahía. Y la corriente lo depositará en Lamma, pero no antes de mañana por la noche. Eso si no lo encuentra antes el transbordador o algún junco.

Se había expresado con absoluta precisión. La bahía, la corriente, que rodea la isla de Lamma... Cornet estuvo a punto de lanzarle un «Premio en geografía, señorita Desconocida».

—¿Me permite hacerle notar que está usted hablando de un ser humano?

—Se lo permito. Y ahora, tendremos que esperar. Hay un policía «sikh» que hace la ronda de la calle Cleeve hacia la una. A las dos de la mañana podremos bajarlo y tirarlo al mar.

—Perfecto. Y luego nos iremos a la cama, después de encomendarnos al Ángel de la Guarda.

—¿Ve otra solución mejor?

—Sí; tirarlos a ustedes dos. De ese modo me ahorraría complicaciones.

—Y entonces, ¿cómo iba a poder continuar persiguiendo al escurridizo Joe Jung?

Cornet se quedó parado.

—¿También sabe eso?

—Sí. Y ahora permítame que le diga una cosa.

Estaba buscando algo con los ojos. Cornet se dio cuenta de lo que era.

—Los tengo en el bolsillo del pantalón. ¿Puedo sacar la mano y darle uno?

—Sí.

Metió la mano en el bolsillo, sacó el paquete de cigarrillos y un puñado de monedas y se lo tiró a la cara.

La mujer apartó la cabeza. Justo lo suficiente como para que ninguna de las monedas le diese entre los ojos y su pistola hizo «plop» de nuevo. Todo ello en una fracción de segundo.

La bala pasó rozando la cabeza de Cornet. El agente sintió el desplazamiento del aire junto a su oreja. Y la pistola seguía encañonada firmemente hacia él.

—No he querido matarlo —dijo ella tranquilamente—. No haga tonterías.

Cornet comprendió que estaba diciendo la verdad. Parecía demasiado segura de sí misma como para haber fallado el tiro.

—Está bien. Reconozco que he sido un poco estúpido. No volveré a hacerlo.

—Más le valdrá.

Ella se agachó y recogió los cigarrillos.

—¿Se lo enciendo?

—No.

—Puede fiarse de mí. Le doy mi palabra de honor...

—No.

Ella misma lo encendió con la mano izquierda y lanzó una satisfecha bocanada de humo.

—Y ahora, ¿me va a ayudar a sacar de aquí ese cadáver? Después de lo que acaba de hacer, yo podría marcharme tranquilamente y dejarle con el cuerpo en su cuarto y allá usted con sus justificaciones.

—Me lo tendré merecido —respondió él con expresión contrita. Luego sonrió.

—Bueno, compañera, le ayudaré a sacar ese fardo. Pero dígame una cosa. Usted también tiene interés en que «eso» no amanezca en mi «suite».

—Puedo reconocerlo.

—Así, las cosas no están más explicadas, pero al menos hemos deslindado un poco el campo. ¿Qué hacemos hasta esa hora?

—Quedarnos callados y quietos. Siéntese.

Cornet se sentó en una silla y ella lo imitó.

La espera comenzó. El tiempo parecía arrastrarse.

A las dos en punto, ella se puso en pie.

—Voy a bajar. Usted descuélguelo. A no ser con unos gemelos, desde el otro lado nadie podrá verlo. Yo le avisaré con dos silbidos si hay alguien en alguna ventana de los pisos superiores. Un solo silbido indicará que puede bajarlo sin peligro. Y no se olvide de ponerle la chaqueta. La camarera podría extrañarse si la viese por la mañana.

—Es usted la mujer de más sangre fría que he visto en mi vida.

Ella no respondió. Estaba ya en la puerta. La abrió y salió con el gabán sobre el brazo.

Cornet cogió el cuerpo, le puso la chaqueta, apagó la luz y lo

llevó hasta la terraza. Al poco tiempo oyó un ligero silbido.

Había entre sus efectos un rollo de cordel fino y resistente. Lo suficiente como para sostener aquel cuerpo que no pesaba mucho. Se lo ató por debajo de los sobacos, lo descolgó por la balaustrada y comenzó a bajarlo.

Después recordaría aquel momento como uno de los más angustiosos de su vida. Allá, abajo, la bahía. Al otro lado del brazo de mar, las luces de Kau-lum. Algunos barcos, con las lámparas de posición encendidas, cruzaban por el agua tranquila.

Alguien podía asomarse a una ventana del hotel o de las casas lindantes. Un trasnochador podía pasar por la calle de Cleeve, desierta en esos momentos... Cualquier cosa podía ocurrir.

No ocurrió nada. Sintió que la cuerda se aflojaba cuando el cuerpo llegó a la calle, y soltó el cabo que tenía entre las manos.

Luego se dirigió a la puerta y salió.

El recepcionista nocturno estaba adormilado en su puesto, cerca de la centralita. Cruzó la puerta giratoria y dio la vuelta al edificio hasta alcanzar la parte trasera.

La mujer estaba apoyada en la barandilla de hierro que separaba la calle de Cleeve del estrecho malecón. El cuerpo del chino, caído, parecía el de un hombre borracho.

—Ayúdeme.

El cuerpo cayó sobre el malecón con un sordo «plop».

—Y ahora tenemos que bajar y tirarlo al agua. Lleve cuidado. Hay un junco de pesca muy cerca.

Oían el lento tañido de una cítara china y una voz que cantaba quejumbrosamente.

Siguieron la barandilla hasta llegar a las escaleras. Las bajaron y recorrieron el camino al revés. Una luz difusa les señaló el lugar en que estaba el cuerpo.

Cornet lo empujó y lo tiró al agua. Apenas hizo ruido. Luego, se limpió las manos en el pañuelo. No las tenía sucias, pero la sensación era desagradable.

—¿Y bien?

Ella había echado a andar.

—¿Tomamos una copa?

—¿En su habitación? No.

—Bueno, en cualquier otro sitio. Hay muchos lugares abiertos en

Victoria a estas horas.

—En el barrio chino, sí. En el europeo, no.

—No he dicho dónde.

—Está bien, vamos.

Volvieron a subir las escaleras que separaban el malecón de la calle Cleeve. Siguieron esta hasta encontrar el primer bar chino abierto. Apenas habían hablado.

Pidieron aguardiente de arroz. Era una bebida que a Cornet no le gustaba, pero allí no había whisky. Era demasiado caro para los obreros del puerto y los pescadores, que los vieron entrar sin prestarles apenas atención.

—Tiene usted nervios de acero —dijo Cornet, señalando el bolso, donde sabía que guardaba la pistola que aquella noche había matado a un hombre.

Ella no sonrió. Tomaba su bebida con aspecto reconcentrado.

De súbito, levantó los ojos hacia él.

—¿Con quién se vio usted esta noche en el «Arrendajo Azul»? —preguntó.

Cornet dio una larga chupada a su cigarrillo.

—No hace al caso, nena.

—No me llame nena —dijo ella. Parecía haber perdido de pronto la ecuanimidad. Su cara se había sonrojado.

—Bueno, es una manera de hablar. Lo que quiero decirle es que no le importa. Por la misma razón que usted dice que no me importa quién es usted ni por qué ha hecho todo eso esta noche.

Ella pareció ignorar lo que le decía.

—Si ha sido un hombre llamado Gregg, más vale que lleve cuidado.

—¿Gregg? ¿Cómo es?

—Un borracho de cara roja y ojos azules. Un tipo repugnante.

—Escuche, ne... Escuche, ¿es usted inglesa?

—No tiene importancia. Solo le voy a decir una cosa: trabajamos para el mismo asunto... en cierto modo. Hoy he podido ayudarle, pero quizá la próxima vez no pudiera. ¿Ha visto usted a Gregg?

«Bueno —pensó Cornet—. De esto no había habido aún. Esta linda nena me avisa que tal vez no pueda ayudarme... a mí. Pero el caso es que no le falta razón. Hoy me ha ayudado.»

—Pudiera ser —dijo en voz alta.

—Pues lleve cuidado. Ese tipo vendería a su madre por cien libras o por menos tal vez.

—¿Usted lo conoce?

—Sí. Pero él a mí, no. No obstante, se lo repito. Cuidado con él. Lo engañará.

—¿Qué le hace pensar que soy tan fácil de engañar?

Ella sonrió de pronto.

—¿No lo es, nene?

—Lo que ha ocurrido esta noche, podría hacérselo creer, pero no lo soy.

—No vamos a discutir eso. ¿Qué le dijo Gregg?

—No veo por qué habría de decírselo.

—Él sabía quién es usted, ¿verdad?

Cornet se encogió de hombros y terminó su bebida. Ella lo imitó.

—Me marcharé primero. Retrásese usted aún un poco.

—Un momento.

—¿Qué hay? —preguntó ella volviéndose.

—Usted vive en el hotel, ¿no?

—Sí.

—¿La volveré a ver?

—Si no vuelve a meter pistoleros chinos en su cuarto...

Sonreía con toda su boca, enseñando los fuertes y blancos dientes. Cornet se sintió humillado.

—¿Volveré a verla?

—Sí, es posible...

Luego salió. Cornet esperó durante un cuarto de hora. Tomó otra copa de aguardiente y luego volvió al hotel.

CAPITULO 5

A las ocho estaba en recepción. El empleado diurno lo recibió con su sonrisa habitual.

—¿Una dama rubia, señor? Debe referirse a la señorita Defosse.

—¿Francesa?

—Sí, señor.

Cornet había oído a muchos franceses hablando inglés. Ella no le recordaba a ninguno.

—Gracias —dijo.

En la Avenida de la Reina Victoria, penetró en un alto edificio de oficinas. Sobre uno de los pisos ondulaba la bandera de los Estados Unidos.

Apenas llegó, lo pasaron al despacho del cónsul. Este no estaba, pero sí su secretario.

—Hola, Lomaski.

—Hola, míster Cornet. Lo estaba esperando. ¿Qué hay?

—Tengo que enviar algo a los Estados. ¿Pueden hacerlo ahora mismo?

—Me lo supuse cuando llamó anoche a casa. Mi mujer está entusiasmada con su nuevo papel de intermediaria. «Hola, ¡querido!». Se cree una Mata-Hari.

Cornet sonrió sin ganas.

—Es un cable. Pero hay que enviar también algo por la valija.

—¿Lo trae ya en clave?

—Sí.

Le tendió un papel. Lomaski desapareció por una puerta y volvió al cabo de un momento.

—Lo transmitirán ahora mismo. Lo que ha de ir por la valija... ¿es urgente?

—Mucho.

—Hay un avión de la T. W. A que despega dentro de media hora. Podemos ir al campo. El piloto es amigo mío. Si en el cable añadimos que él lleva algo, pueden salir a recibirlo al aeropuerto en Washington.

—Hágalo.

Un momento después, Lomaski volvía.

—Vamos al aeropuerto.

—No, no quiero que se me vea allí. Hágame el favor de hacerlo usted mismo, Lomaski. Y otra cosa. Procúrese informes acerca de una tal mademoiselle Defosse, que se aloja en el hotel Victoria.

—Con gusto.

—Yo esperaré aquí por si llega la contestación al cable.

Se sentó en una silla y esperó. A las once de la mañana tenía la respuesta en clave, procedente directamente de Washington.

«Vía libre. Ofrezca lo que sea necesario. Necesitamos informes sobre persona indicada».

Cornet suspiró. Cuando llegase su mensaje confidencial a Washington, seguramente que los del piso quinto del edificio federal reconsiderarían el asunto, pero hasta entonces tenía que seguir ocupándose él mismo como si nada hubiera ocurrido.

Se despidió de Lomaski, que ya había regresado del aeropuerto, y volvió al hotel lentamente.

Antes de entrar en su «suite», miró la puerta de la habitación de la derecha y se preguntó si mademoiselle Defosse estaría en ella. Había una manera muy fácil de saberlo: llamar a la puerta. Pero algo detuvo su mano en el momento de ir a hacerlo.

Penetró en la suya y lanzó una mirada a su alrededor. Hasta entonces había creído que sus nervios eran de acero, pero ahora notaba un ligero picor en los brazos.

Se asomó a la terraza y contempló a la luz del día el lugar en

que la noche anterior habían sucedido tantas cosas. La calle de Cleve, con su baranda sobre el malecón del puerto, estaba llena de gente. Había juncos y barcos pequeños anclados y todo parecía desarrollarse normalmente. Solo él, al parecer, sabía que en las grasientas aguas flotaba el cuerpo de un hombre muerto.

Se encogió de hombros, pensando en lo que diría la Policía inglesa cuando lo encontrasen. Un pistolero había dicho la Defosse. Lo parecía, sí; al menos como tal se había comportado, aunque su cara no parecía la de un criminal.

Comió en el restaurante del hotel y volvió a su habitación. Gregg lo llamaría al día siguiente, había dicho. Si pudiera ponerse en comunicación con él antes...

Sentado en un sillón, en el «living», pensó en lo que le había dicho el inspector O'Toole, de Coordinación, en el edificio federal cuando decidieron encargarle a él la misión de encontrar a Joe Jung. Las palabras del inspector volvieron nítidamente a su memoria.

Habían estado escuchando al chino en uno de los despachos del piso quinto. Era un hombre de unos treinta años, nacido en América. Les había contado una historia que hubiera podido ser calificada de inverosímil a no ser por la seriedad del joven.

En resumen era la siguiente:

Él era técnico de una fábrica de productos químicos. Meses antes había notado que su padre, oriundo de las provincias del sur de China, estaba preocupado, y a veces incluso parecía asustado. El muchacho y su hermana, estudiante en la Universidad de Washington, habían procurado sonsacarle y, al final, aunque ejerciendo sobre él mucha presión, lo habían conseguido.

Alguien, dijo, había estado a verlo. Un chino, también, y le había dicho que de no contribuir a una causa justa y pacífica con un donativo cuantioso, las cenizas de sus padres y de sus abuelos serían sacadas del lugar donde reposaban y aventadas en el campo.

Para un chino profundamente religioso, aquello equivalía a una horrorosa profanación. Se había comprometido a pagar, después de que le facilitaron detalles de dónde estaban dichas cenizas, con lo cual supo que era verdad lo que le decían.

Pero no se habían conformado con un solo pago. Le habían exigido más. Y aunque era un comerciante bastante rico,

comprendió que si seguían extorsionándolo de aquella manera, llegaría un momento en que se convertiría en pobre.

Sus hijos pusieron el asunto en manos de la Policía, pese a las protestas del viejo comerciante. Por ella se enteraron de que habían sido varias las denuncias que se habían recibido sobre aquel mismo asunto, y les aconsejaron que se dirigieran al F. B. I.

Este comenzó a investigar. Una búsqueda silenciosa les condujo a la captura del chino que había extorsionado al comerciante. Era un pobre diablo, roído por el opio, pero había facilitado un nombre y una dirección. Joe Jung, en Hong-Kong. Según dijo después de tenerlo tres días sin la droga, había oído aquel nombre como el de uno de los principales miembros de la cadena, si no el más importante.

—La extorsión ha constituido todo un éxito —dijo O'Toole a Lexington—. El Gobierno comunista chino, por intermedio de ese Joe Jung, se ha debido embolsar en los últimos años cerca de los veinte millones de dólares. Y sin que ninguna de las víctimas se atreviera a protestar. Esto es lo que yo llamo una inversión de primer orden y una canallada de mejor orden aún.

Y luego:

—Lexington, tenemos noticias de que hay en Hong-Kong un hombre que se llama o que se hace llamar Joe Jung. Si los ingleses están enterados o no de la clase de negocios que explota desde allí, es algo que no sabemos, pero tenemos que dar con él. Y... —hizo una pausa—, y frenarlo, Lexington. Hay muchos chinos ricos en América. Todos ellos pueden ser extorsionados de esta manera y todos pagarán. Me refiero, naturalmente, a los viejos, a los que nacieron aquí. A sus hijos sería muy difícil sacarles un níquel en un asunto como ese. Va usted a ir a Hong-Kong; y recuerde una cosa. Tal y conforme están los asuntos en Asia, la aventura puede ser peligrosa. Un negocio así no lo dejarán escapar sin pelear, y ese Joe Jung tendrá la ventaja de estar en su elemento, y muy cerca de sus amos. Como suponemos, trabaja para el Gobierno comunista chino.

—¿Se ha avisado a la Interpol y a las autoridades inglesas, señor? —preguntó el agente especial Lexington.

—A la Interpol, sí. Lo consideraron como delito político, ya que interviene o parece intervenir el Gobierno comunista chino. Por otra parte, no tienen referencia alguna sobre Joe Jung. Lo mismo

puede llamarse así que de cualquier otra manera, y ser un apodo simplemente. En cuanto a las autoridades inglesas, preferimos no advertirlas. Ellos tienen relaciones con la China de Mao; nosotros, no

Y añadió:

—Naturalmente, si usted debe detener a Joe, tendrá que decírselo a ellas, pero solo en el caso de verse obligado. ¿Entiende?

—Sí, señor.

—Tiene usted carta blanca, Lexington. Usted será simplemente Frederick Cornet, viajante americano de papel. Mañana se le dará el pasaporte y los documentos necesarios. Si le es necesario, también, puede ponerse en comunicación con Debley, de la C. I. A. Es un alto empleado de una casa exportadora de té. Por si le es necesario. La C. I. A. no nos tiene mucha simpatía, y nosotros les pagamos en la misma moneda.

Y así estaban las cosas. Las cenizas de unos orientales muertos hacía muchos años tenían la culpa de que él se encontrarse en este momento con una posible acusación de asesinato sobre sus hombros.

La cosa tenía gracia... pero solo hasta cierto punto. Porque... ¿quién había sido el que había advertido a Gregg y a mademoiselle Defosse de su verdadera personalidad? ¿Y quién era mademoiselle Defosse, en realidad?

Bien. Fuera como fuera, el caso es que aquellas dos personas le conocían: Y una de ellas, al menos, se había comportado de una manera que se podía calificar de amistosa. Le había salvado la vida, quizá.

Salió de su habitación y llamó a la siguiente. Nadie le contestó. Volvió a llamar y obtuvo el mismo silencio por respuesta.

Volvió a la suya. Lexington era hombre de acción, y cuando tenía que esperar, lo notaba en sus nervios. Cerró fuertemente las mandíbulas. Algo debería poder hacer.

Cogió su sombrero y salió. Las oficinas de la «Oriente Tess Company» estaban en lo alto de la colina, junto a la Escuela Industrial. Míster Debley, un hombre de unos cincuenta años, cuyo vientre comenzaba a rebasar su cinturón, lo recibió en su despacho particular.

Le estrechó la mano cuando Lexington se identificó.

—¿Cómo es que no ha venido a verme antes? —preguntó.

—Lo siento. He estado muy ocupado.

—Aunque el F. B. I. no lo crea, nosotros a veces servimos para algo. Pero no sé para qué se lo digo. Ya me ha ocurrido otras veces con su Departamento. Creen que solo ustedes saben lo que hay que hacer y cuál es el momento oportuno para hacerlo.

Lexington se excusó diplomáticamente y le pidió que le explicase lo que sabía acerca de Joe Jung.

Debley se echó hacia atrás en su sillón y alzó las cejas.

—Algo sabemos —dijo pomposamente—. Principalmente, que se trata de un hombre importante. Un hombre que se oculta bajo ese seudónimo.

—Bien, pero... ¿es un chino?

—Debe serlo, según nuestras noticias.

Lexington se dio cuenta de que el otro sabía lo mismo que él o poco más, pero que la idea que tenía acerca de su propia importancia le impedía reconocerlo.

—Míster Debley —dijo—. ¿Conoce usted a un tal Gregg? Un inglés. Al parecer, es un investigador privado.

Debley abandonó su cómoda postura. Sus ojos se volvieron atentos.

—¿Gregg? ¿Por qué me hace esa pregunta?

Lexington se sintió lleno de furia. Una furia fría.

—Porque ese hombre conoce mi personalidad, míster Debley. Por eso.

—¿Qué conoce su persona...? ¿Cómo?

—Eso es lo que me gustaría saber. He tenido un contacto con ese hombre. Conoce mi verdadera personalidad, de eso no hay duda alguna.

—Eso es muy lamentable, míster Lexington. Quizá... quizá alguna pequeña indiscreción por parte de usted...

—No.

La respuesta fue seca. Lexington se pudo en pie y el otro le imitó.

—La conocía y no porque se lo haya dicho yo. Y hay también otra persona que la conoce...

—Pero... ¡querido Lexington, eso es una lluvia de sabihondos! ¿Quién sabía en el consulado quién era usted en realidad?

—Lomaski y su esposa. Pero ellos no han hablado.

—¿Lo puede usted garantizar?

—No con mi cuello, si es a eso a lo que se refiere, pero tengo la certeza de que ellos no han sido.

—Conozco a Lomaski, y es un buen hombre, pero... las mujeres, ya sabe usted.

—No, no sé. Bien, usted no ha contestado a mi pregunta. ¿Conoce a Gregg?

—Pues... se puede decir que sí.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Eso sí que no puedo decírselo.

Parecía reacio a hablar.

—Pero, al menos, ¿de qué lo conocen ustedes? ¿Tiene una agencia de investigaciones abierta?

—No, eso no. Trabaja por su cuenta, pequeños trabajos aquí y allá, y además la Policía inglesa lo conoce. Hay antecedentes suyos en sus archivos.

—Míster Debley, ¿ha tenido usted contacto con Gregg últimamente?

—¿Qué está usted tratando de insinuar?

—Nada. Hago una pregunta directa, y le ruego que me conteste de una manera directa también, eso es todo.

—Pues no, no hemos tenido contacto con Gregg últimamente.

—Eso es todo, míster Debley. ¿No tiene usted ni idea de dónde pueda encontrarlo?

—Frecuenta un bar... Bueno, los frecuenta todos, excepto los caros, si usted me entiende. Pero, al parecer, frecuentaba más uno en la calle Lime. Un bar chino. Él no tiene ninguna preocupación en ese sentido.

—Gracias, míster Debley. Ahora sí que es todo.

Le estrechó la mano, sabiendo que el otro estaba mintiendo. Pero él también había tenido contactos con la C. I. A. y sabía que se guardaban sus informaciones, incluso en casos en que con ello podían comprometer la seguridad nacional.

Cuando llegó al hotel, a las seis de la tarde, vio una figura de mujer junto al mostrador de recepción.

La hubiera reconocido entre mil. Se acercó a ella y se colocó a su lado.

—¿Hay correspondencia para mí? —preguntó—. Cornet, habitación doscientos veinticuatro.

CAPITULO 6

LA mujer volvió la cabeza.

—Hola.

—Hola. ¿No la he visto en alguna parte? Espere, no me lo diga. En el bar. Donde podemos ir ahora mismo si no tiene usted otra cosa mejor que hacer.

—La tengo, pero podemos beber algo.

Se volvió al recepcionista.

—Por favor, cuando llegue esa carta, ¿quiere subírmela a mi habitación? Estaré en ella el resto de la tarde. Y ahora, bebamos esa copa.

Lexington la cogió del brazo y la guio hasta el bar, al que se accedía por una puerta de finas maderas labradas. Un hombre que estaba leyendo un periódico en una de las butacas volvió la hoja al pasar ellos junto a él. Lexington le lanzó una ojeada discreta.

Cuando estuvieron en los taburetes del bar, dijo:

—¿Sabía usted que ese hombre estaba observándola?

—Naturalmente que sí. Por eso hablé en voz alta.

—¿Quién es?

—¿Por qué no se le pregunta a él mismo?

Lexington la miró fijamente a los ojos y ella le devolvió la

mirada.

—Ahora —dijo el agente federal —, dígame qué ha estado haciendo esta tarde.

—¿De veras?

Se rio. Lexington la hubiera cogido por la garganta con mucho gusto. Pero ignoraba lo que habría hecho después de cogerla, si besarla o ahogarla.

—¿Se refiere a la visita que ha hecho a míster Debley, pomposo y estúpido miembro de la Agencia Central de Inteligencia?

—Lo suponía —dijo Lexington —. ¿Qué le parece si usted y yo tenemos una buena conversación?

—Lo siento. Hoy no puedo.

—Pero al menos sí puede decirme si va a estar mucho tiempo en el hotel.

—Exactamente hasta pasado mañana por la noche. Puede, aunque no es seguro, que hasta el otro día por la noche. Pero ya le digo que no es seguro.

—¿Cuándo podré hablar con usted?

—No lo sé. Lo siento, pero no lo sé.

Lexington hubiera jurado que era sincera al decirlo. Le cogió la mano que sujetaba el vaso.

—Esta noche.

—No lo sé.

—Iré a su cuarto.

Ella lo miraba enigmáticamente.

—¿Para qué, míster Cornet? No tengo en absoluto ninguna información para usted.

—¿Y si no tratase de obtener información, sino simplemente de verla a usted?

—¿Para qué?

—Por el placer de verla, únicamente.

—Vaya, si quiere. Pero no le puedo asegurar que esté allí. Y ahora, perdóneme. Tengo que hacer.

Se bajó del taburete, le tendió la mano y él se la estrechó. Luego, Lexington subió a su habitación. Apenas acababa de entrar cuando el teléfono sonó.

—Hola, ¡querido! —dijo una voz femenina.

—Hola, querida.

—¿Estabas a punto de acostarte?

—No, ¡querida!

Seña y contraseña. En orden todo.

—¿Puedes salir un momento? El tiempo justo de tomarnos una copa. Te espero en «Jimmy's».

—De acuerdo. Ahora mismo.

«Jimmy's», uno de los bares más caros de Victoria, donde solamente se citan aquellos cuyas cuentas corrientes pueden resistir sin sobresalto un cheque de cuatro cifras, le abrió su penumbra acogedora y oliendo a Chanel número cinco y tabaco turco. Lexington se dirigió a una de las mesas, donde un hombre de cara pálida y modales desenvueltos bebía un manhattan.

Fumaba distraídamente, con la mano apoyada en la mesa. Al lado de la mano había un paquete de cigarrillos. Lexington lo cogió al pasar y se dirigió al bar, donde pidió un whisky. Se lo bebió, permaneció durante un momento apoyado en el mostrador de madera, escuchando las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor y por fin salió.

Ya en su habitación, abrió el paquete de cigarrillos. Una cajetilla de «Nacy Cut», que se abría en forma de libro. Y dentro, dos hojas de delgado papel. La primera era de Lomaski.

«Mademoiselle Defosse. Los informes que tenemos sobre ella son de que se trata de una viuda francesa que viaja por placer. Su marido era un rico plantador de Indochina, muerto en 1960. Lleva un mes en Hong-Kong. No hay más.»

El segundo papel era la respuesta de Washington, en clave. La descifró rápidamente, porque era corta.

«Continúe usted. No importa haya sido descubierta su identidad. Pero debe darse prisa. Compre a ese hombre con libras «Cicerón» que serán puestas a su disposición inmediatamente por intermedio del consulado.»

Lexington sonrió. Libras «Cicerón». Pocas personas saben que se da ese nombre en los servicios de contraespionaje a los billetes falsos, tan falsos como aquellos con los que el Gobierno alemán pagó al célebre espía doble durante la segunda guerra mundial.

A las nueve, después de haberse cambiado de ropa y haberse duchado y afeitado, llamó a la puerta de mademoiselle Defosse. La joven le abrió casi al instante.

—Entre.

Lexington pasó. La «suite» era muy parecida a la suya y apenas había en ella algunos toques femeninos. Su propietaria no se había molestado en adaptarla a su personalidad, al parecer. Lexington recordó la capacidad defensiva y ofensiva de que diera pruebas la noche anterior.

—Supongo —dijo abruptamente—, que si en este momento yo quisiera abrazarla me daría un golpe de karate en algún lugar particularmente doloroso de mi anatomía.

—Siempre la soberbia del varón —respondió ella alegremente—. Es posible, sí.

—Así y todo, siento deseos de abrazarla.

—Eso me alegra.

—¿Sí?

Dio dos pasos hacia ella.

—He dicho que me alegra, no que vaya a consentirlo. Siéntese. ¿Qué va a tomar?

—Whisky, si tiene.

—Lo tengo. Y también otras cosas.

Volvió con una botella y la colocó en una mesita baja. Contenía un líquido transparente. Vodka.

—Sí —respondió ella a la muda pregunta.

Lexington estuvo un instante silencioso, asimilando aquello.

—Así que usted es rusa.

—Su capacidad de adivinación... Bueno, si ahora le parece podemos hablar un poco en serio.

—¿Cuál es su nombre? No vale la pena que la llame mademoiselle Defosse.

—Es un nombre tan bueno como otro cualquiera. Pero el mío real es Axinia Grigorovna.

—Axinia —repitió él.

—No, no así como lo dice usted. ¿Por qué diablos los norteamericanos tienen que tratar de estropear todo? A-XI-nia.

Él lo repitió y luego ambos se echaron a reír.

—De todas formas, tomaré whisky. El vodka me da dolor de cabeza.

Ella le sirvió. Llevaba un vestido de seda fuerte que se pegaba a su espléndida figura. La falda, muy corta, permitía ver las rodillas y

el nacimiento del muslo. Cruzó las piernas sin preocuparse de la mirada de Lexington.

—Usted y yo —dijo— vamos tras de la misma persona.

—Joe Jung.

—Sí. Pero ese no es su verdadero nombre.

—¿Cuál, entonces?

—Míster Lexington, se supone que usted es un eficiente espía. No pretenderá que yo meta los dedos en el asado, en su lugar, como ustedes dicen.

Lexington habló lentamente:

—Cuando me ha descubierto su verdadera personalidad, es porque le ha sido permitido hacerlo.

—Supongámoslo. Pero incluso los agentes del Departamento de Información de Moscú tenemos una cierta autonomía. Supongamos que yo he decidido que trabajemos juntos. No necesito pedirle permiso a mi Gobierno.

—Bueno, supongámoslo. Y ahora, ¿qué hay con ello? ¿Me contestará a lo que le he preguntado?

—No puedo hacerlo. No lo sé, sencillamente. Y aunque lo supiera, tampoco se lo diría. Nosotros queremos a Joe Jung.

—Nosotros también.

—Y yo —respondió la joven, sonriendo— llegué antes.

—No sea ingenua. Esa no es una razón en nuestro trabajo.

—Pero es un hecho incontrovertible. Yo llegué antes y estoy más cerca de él que ustedes.

—¿Cuánto más cerca?

—Digamos que solo me falta un eslabón.

—¿Cuál?

—Preguntón.

—Se lo voy a decir. Gregg.

—Es posible. Sea como sea, el caso es que nosotros necesitamos a Joe Jung, y por motivos más importantes que ustedes.

—¿Qué es lo que les ha hecho a los soviets?

—Si yo le preguntase lo mismo, ¿me lo diría?

La vacilación de Lexington solo duró un segundo. Se preguntó si ella se habría dado cuenta, pero tenía que arriesgarse. Sabía la rusa tanto sobre él que era muy posible que también supiese la clase de trabajo que lo había llevado a Hong Kong.

—Extorsión a ciudadanos chinos en los Estados Unidos.

—El caso de las cenizas, ¿verdad?

Ella había encendido un cigarrillo. Su mano no temblaba al sostener el diminuto cilindro.

—Sí.

—¿Qué es lo que ustedes pierden en ese asunto? ¿Unos cuantos chinos asustados? ¿Unos miles de dólares?

—Millones.

—Admitámoslo. ¿Sabe lo que nosotros perdemos?

—No.

—Mucho. Quizá hasta...

Se detuvo, fumando. Sus extraordinarios ojos grises no se separaban de los del agente federal.

—Joe Jung ha estado jugando dos barajas. Mejor dicho, como ustedes dirían, ha estado usando una escalera a dos puntas. Con el dinero que les sacaba a los chinos norteamericanos ha estado financiando varios movimientos en Mongolia Exterior. En todos esos movimientos, algunos, bien soldados y campesinos soviéticos o chinos, han muerto. Algaradas en la frontera con el Tanu Tuva, en Balkai, han tenido lugar casi constantemente desde hace casi cinco años.

Hizo una pausa.

—Es posible que usted no lo supiera, pero sus políticos y sus agentes de información, sí.

—He oído algo de eso.

—El Gobierno de Mao Tse Tung admite ese estado de cosas, porque le conviene. Nosotros no queremos admitirlo porque no nos conviene. Y la cabeza invisible de gran parte de esos sucesos que han envenenado las relaciones entre ambos países es Joe Jung. Por eso deseamos encontrarlo y... cogerlo «in fraganti».

—¿Aquí, en Hong Kong? ¿Al otro lado de Asia?

Axinia se echó a reír. De súbito, Lexington recordó algo. Aquella risa. Él había oído aquella risa la noche anterior. A no ser que la mujer hubiera estado riendo sola, alguien había habido con ella en aquella misma habitación, quizá.

Un estúpido sentimiento de celos lo invadió. ¿Quién?

Ella no pareció notar su fruncimiento de cejas.

—¿Aquí? —replicó—. Naturalmente... no. El buen Joe Jung sería

cogido «in fraganti» en uno cualquiera de los lugares en que se han producido esos roces.

—No está usted hablando con un idiota.

—Es posible. ¿Qué haría usted si quisiera coger a Joe Jung en un lugar al que no se acerca jamás? ¿Qué haría si fuese ese lugar el sitio exacto en el que desease detenerlo?

Lexington sonrió. Se sirvió un nuevo trago.

—Evidentemente, tiene usted razón. Llevarlo allí, aunque fuese a la fuerza, y anunciar su captura a los cuatro vientos.

—Exacto. Y eso es lo que me propongo hacer.

Se inclinó hacia Lexington y este pensó si estaría provocándole. Porque ahora estaba muy cerca de él.

—Ustedes —anunció— quieren eliminarlo, sacarlo de la circulación. Nosotros lo queremos «in vivo». ¿No podemos unir nuestras fuerzas?

Lexington encendió un cigarrillo. ¿Libras «Cicerón»? Estuvo a punto de echarse a reír. ¿Qué haría el inspector O'Toole en un caso como aquel? Muy posiblemente decirle a Axinia Grigorovna: «Déjeme usted consultarlo con mis jefes. Solamente se tratará de un par de días.»

—Sí —respondió.

Axinia alargó su mano. Él se la estrechó. Pero no la soltó después.

—¿Cartas boca arriba? —preguntó.

—Sí —respondió ella—. Naturalmente que sí.

«Con lo cual —pensó Lexington— me está mintiendo exactamente igual que yo la miento a ella.»

Acercó un poco más su cara a la de la muchacha. Esta no se retiró.

—¿Quién estaba con usted anoche en esta habitación? —preguntó.

CAPITULO 7

MISTER Cornet? —preguntó la voz.

—Sí —respondió Lexington. Había reconocido la voz al instante.

—¿Está usted de acuerdo?

—Pues, en principio, sí.

—¿Quiere decir que tiene ya la pasta?

—La tengo. Pero hemos de hablar. ¿Podemos vernos ahora mismo?

—Venga al bar donde nos vimos la otra noche y no olvide traer la pasta.

Colgó.

Lexington dejó el receptor en la horquilla y pensó durante un momento. Luego miró a la ventana. Estaba lloviendo.

Cogió la trinchera y llevándola sobre el brazo salió al corredor. Miró la puerta de la habitación de Axinia y sonrió. Un momento después estaba en la calle.

Cuando llegó al bar, este estaba lleno de obreros portuarios chinos y malayos. Casi todos estaban ya borrachos. Nadie lo miró siquiera.

Sentado a una mesa, en un rincón, estaba Smith con la cara muy encarnada. Evidentemente había estado gastando parte de lo que él creía que iba a ganar aquella noche.

—Hola —dijo, levantando su vaso—. ¿Qué me cuenta?

Lexington se desabrochó la trinchera.

—Vamos a ver si no perdemos tiempo. Yo no tengo mucho.

—¿Así lo toma? Está bien, amigo. ¿Trae la pasta?

—La tengo, pero no pago, sino contra servicio. Hable.

—Vamos a tomar una copa antes.

—¿Está seguro de que no se caerá al suelo si lo hace?

—¿Yo? Vamos, no diga tonterías. Soy capaz de beber doble que un maldito yanqui y quedarme después tan tranquilo.

—Bueno, no le hará falta en este caso. No pienso beber más que una copa con usted. Así que al grano. ¿Quién fue el que le pidió a usted que me liquidase?

—A ver la pasta.

—¿Aquí? ¿Entre medias de toda esa pobre gente? ¿Que quiere, que nos metan un cuchillo en la espalda para robarnos?

—Venga conmigo.

Se dirigió hacia el fondo. Una puertecilla abierta sobre un pequeño patio en el que se amontonaban las cajas de embalajes de las botellas de cerveza, y al otro extremo el urinario, un simple agujero en el suelo.

—Veamos la pasta.

Por el montante de la puerta se filtraba una pálida claridad. Lexington sonrió. Incluso a la viva claridad de un arco voltaico, aquellos billetes resistirían el examen de un ojo inexperto. Con aquella penumbra...

Se lo enseñó. El otro lanzó una ávida ojeada a los billetes, mientras Lexington apretaba la culata de la pistola en el bolsillo, por si acaso el hombre se volvía loco y pretendía quitárselo a la fuerza.

—Diez paquetes de veinte. ¿Conforme?

—Sí.

Volvieron a entrar. El inglés encargó otra ronda al camarero.

—Y ahora —dijo Lexington fríamente—, hable.

—El nombre de mi cliente es Li-Tsu.

—Eso no me dice nada.

—Se lo dirá cuando le diga que...

Lanzó una mirada a su alrededor.

—¿Qué le ocurre? ¿Tiene miedo?

—¿Miedo yo? Maldita sea, no le temo a Dios ni al diablo.

—Entonces, hable.

En los ebrios ojos del otro brilló una lucecilla desagradable. Su boca se frunció.

—Al fin y al cabo... —murmuró—. Con mil libras puedo largarme de este pozo asqueroso. En Ceylán hay una mujer que me está esperando desde hace dos años. Allí puedo comenzar de nuevo.

—Bueno, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—¿Quiere conocer personalmente a Li-Tsu?

—¿Usted puede concretar una entrevista con él ahora?

—Puedo hacer algo mejor que eso. Venga conmigo.

Lexington no vaciló.

—¿Dónde?

—A un sitio. No le importa dónde. ¿Quiere venir o no?

—Sí.

—Pague.

En la calle, Gregg avanzó por la acera, mientras Lexington lo seguía. Una puerta pequeña, flanqueada por las esterillas mojadas de dos comercios de peces fritos, abría sus fauces tenebrosas. El inglés la cruzó.

—Agárrese a mí. Las luces no sobran aquí, maldita sea.

Lexington sacó la mano, armada con la pistola, y le cogió por los faldones de la chaqueta de hilo, empapada por la lluvia que ahora caía furiosamente.

Lexington estaba dispuesto a disparar sobre él al menor síntoma de peligro. No había querido amenazarle porque sabía que eso era estúpido. Prefería hacerle creer que confiaba en él.

Recorrieron lo que le pareció cientos de yardas entre olores que variaban desde el de pescado podrido hasta el de sudor acumulado por años enteros. Luego, el inglés metió la mano en el bolsillo y algo chirrió.

—No diga nada —susurró Gregg.

Tanteó con la mano y oprimió un interruptor. Una bombilla cansada brilló colgando de un bajo techo.

Estaban en una habitación cuyos únicos muebles eran una mesa y dos sillas. Gregg lanzó una mirada a su alrededor. Sobre la mesa había un teléfono.

—Siéntese. Lamento no tener nada de beber.

—No lo necesito.

Los ojos del agente federal habían recorrido la habitación. Al parecer no había más que una sola puerta, aquella por la que habían entrado.

Gregg había cogido el teléfono. Después de marcar esperó un momento.

Lexington se colocó de modo que no tuviera la puerta a su espalda.

—¿No se sienta? —preguntó Gregg.

—No, gracias.

—Como quiera... Escuche, el pájaro ha caído, sí, no puedo decir más. Pero quiero que venga usted. Para que vea que no robo el dinero. ¿Dónde? Bueno, usted venga a mi oficina y hablaremos, pero no se olvide de traer el dinero. Está bien. Cuanto antes, mejor.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Lexington.

—¿Qué le ha parecido?

—¿Ha hablado usted con ese Li-Tsu?

—Con él mismo en persona. Smith, investigaciones, ¿eh? Siempre cumple los encargos que recibe, lamento no tener nada de beber, pero...

Se encogió de hombros.

—Dentro de cinco minutos usted verá cruzar por esa puerta al mismo Li-Tsu en persona. Y usted hará con él lo que quiera. Vea, hay otra habitación en la puerta de al lado de esta. Usted puede esperar allí.

—¿Para qué? —preguntó Lexington fríamente.

—Pues para... para que cuando llegue Li-Tsu no lo encuentre aquí. Yo le diré que está usted muerto en la habitación de al lado, él entrará en ella para cerciorarse y entonces usted lo pesca por el gaznate. Fácil, ya lo ve.

—Enséñeme esa habitación.

Gregg lo precedió. Un lecho, un camastro con sucias mantas, un lavabo sucio y un espejo. El suelo estaba lleno de colillas de cigarrillos y de latas vacías de cerveza.

—Espere aquí.

Lexington apretó la culata de la pistola. Había llegado la hora.

—Smith, si usted intenta engañarme, lo va a sentir.

—¿Engañarle? No diga tonterías. El hombre que entre por esa

puerta, dentro de cinco minutos, será Li-Tsu. Y usted puede liquidarlo, si quiere. Ya lo ve. Usted me paga después.

Vaciló.

—Pero un anticipo... Conozco un lugar en el que puedo comprar una botella de «Royal». Sería cuestión de un par de minutos...

Algo andaba mal. Si le había tendido una trampa, no necesitaría el anticipo para nada. Podía quedarse con las mil libras... después. ¿Y si estuviese diciendo la verdad?

—No.

—Bueno, como quiera. Pero no estará haciendo tonterías a la hora de pagar, ¿eh? No le servirían de nada. No soy hombre que se deje engañar.

—Traiga a ese Li-Tsu y tendrá las mil libras.

—Bueno, usted aguarde.

Y desapareció.

Lexington sentía unos rabiosos deseos de fumar, pero los contuvo. Estar fumando puede distraer a un hombre, y no permitirle oír con toda claridad.

Miró la esfera luminosa de su reloj: las nueve. Se recostó contra la pared, con la mano metida en el bolsillo, la pistola presta.

Un cuarto de hora.

Se despezó lentamente. Le había parecido oír un ligero ruido en la otra habitación, pero no estaba seguro. Estaba ya harto de contemplar el camastro y el lavabo y de mirarse en el espejo. Sin hacer el menor ruido, se sentó en las mantas.

Media hora.

Algo debía andar mal. Algo tenía que andar mal. Gregg había dicho cinco minutos. Aun teniendo en cuenta que el visitante se retrasase, ya había pasado la hora con mucho. Se preguntó si Gregg había intentado engañarle; y en ese caso, qué es lo que pensaría hacer para cobrar el dinero, que evidentemente necesitaba mucho.

Atenuado por la distancia, le pareció oír el silbato de una sirena. Podía ser la de algún barco en el puerto, pero había algo que le decía que aquella había sonado más cercana.

No podía estar allí indefinidamente. Hacía mucho tiempo que no oía el menor ruido.

Se decidió, cogió la manija de la puerta y tiró hacia sí. La puerta se abrió con un ligero chirrido.

La puerta del despacho estaba entreabierta. La empujó, procurando no hacer ruido y después de escuchar un momento. Nada se oía.

La abrió del todo. Y se quedó muy quieto.

Porque tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre, estaba el investigador privado.

Alguien le había cortado el cuello de oreja a oreja.

Lexington se inclinó sobre él, procurando que sus pies no se manchasen con la sangre. Al parecer, el hombre ni había podido defenderse siquiera. Seguramente lo habían cogido por detrás y lo habían degollado.

Lexington tragó saliva. Luego, el ruido de la sirena llegó claramente hasta sus oídos, seguido por el chirrido de unos frenos.

Con la pistola en la mano, contempló la habitación. No había más salida que aquella por la que habían entrado. El asesino se había introducido por allí, degollando a Gregg y vuelto a salir en completo silencio.

Volvió a inclinarse sobre el cuerpo, para registrarle los bolsillos y en ese momento oyó gritos y rumor de carreras. Una voz fuerte decía algo en inglés, pero no pudo entender sino la palabra «dejadlos».

Se volvió. En cualquier lugar del corredor podía estar esperándole la muerte bajo la forma de un brazo que se enrollase a su cuello o de un cuchillo afilado clavándose en su garganta.

El corredor estaba completamente a oscuras. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente. Estaba atrapado, definitivamente atrapado.

Siguió andando en la oscuridad, tanteando a sus costados para encontrar alguna puerta, un hueco, en el que meterse, pero las paredes eran lisas y viscosas.

Y entonces, de pronto, frente a él, el ruido de alguien que respiraba pesadamente, y una luz se encendió a poca distancia de sus ojos.

—¡Suelte eso! —ordenó una voz.

Lexington bajó el brazo armado de la pistola, pero no soltó el arma. La luz de la linterna lo cegaba.

—¡Suelte eso he dicho, maldita sea! ¡Suéltelo o le pego un tiro! ¡Le estoy apuntando! ¡Eh, Currie, he encontrado algo!

—No dispare —dijo Lexington con la mayor tranquilidad que pudo dar a su tono—. Soy americano.

—¡Como si es un maldito chino! ¡He dicho que suelte la pistola! Maldita sea, Currie, ¿es que no va a venir?

—Ya estoy aquí, sargento. ¿Quién es ese?

Lexington dejó caer la pistola al suelo. Una corpulenta figura apareció a su lado, le dio un puntapié al arma y alargó los brazos hacia Lexington.

—No se mueva. Lo voy a registrar.

La linterna continuaba enfocándolo directamente a los ojos. El agente parpadeó.

—Apártalo, Currie; déjame echar una ojeada por ahí detrás.

Otra figura, la que sostenía la linterna, pasó por su lado y avanzó por el corredor. Luego se oyó una exclamación.

—Currie, toca el silbato. Aquí hay un tipo muerto. Y lleva cuidado con ese tipo. Me parece que tenemos al muerto y a su asesino.

CAPITULO 8

EL hombre iba vestido con uniforme blanco. Guerrera con botones dorados y pantalón corto. Sobre las charreteras, los dos clavos de inspector y la corona real. Eran las nueve de la mañana.

—Así que su verdadero nombre es Lexington —dijo—. Y es usted agente de la Oficina Federal de Investigación.

—Sí.

—Bueno, su identidad está demostrada... a reserva de que los informes que tomemos la certifiquen —dijo el inspector—. Mi nombre es Leslie, John Leslie.

—Encantado, inspector Leslie.

—Pues yo no diría que lo estoy tanto. No me gustan estos asuntos, me permitirá que se lo diga. No me gusta enterarme de que un súbdito americano, aunque sea un policía, ha asesinado a un súbdito inglés, en territorio británico.

—No lo asesiné yo, y ya se lo dije a su sargento.

El inspector se volvió hacia el sargento. Este era un hombre corpulento, de complexión sanguínea.

—Usted me dijo...

—Señor, yo encontré a este hombre en la oscuridad cuando pretendía escapar de aquella ratonera. Llevaba un revólver en la

mano y lo detuve. Luego me encontré con que habían degollado a un individuo. Eso es todo.

—Usted —dijo el inspector Leslie—, asegura que no lo mató.

—Naturalmente que no.

Leslie suspiró.

—Pues, entonces, si no le importa, compañero, ¿podría decirme lo que hacía usted en aquel agujero?

—Esperaba que el hombre que murió me facilitase unos informes.

—¿Unos informes? ¿Sobre qué, si me hace el favor?

—Sobre... Bueno, inspector, eso es algo confidencial...

—Ts, ts. No hay muchas cosas que puedan ser confidenciales y que no deba saberlas la Policía británica, me parece a mí. ¿No es usted de la misma opinión, acaso?

—Inspector. Le estoy asegurando que yo no maté a ese individuo. Yo le esperaba. Me había dicho que me proporcionaría unos informes, pero que debía aguardar. Cansado de esperar, fui a buscarlo y lo encontré ya muerto. Lo habían asesinado.

—¿Ante sus mismas narices, míster Lexington? Eso suena raro, ¿no?

—Sonará como suene, pero así es.

—Bueno, ¿qué le parece si nos dice qué clase de informes esperaba usted de ese tipo...? Por cierto, ¿sabe su nombre?

—Creo que es Gregg.

—Lo es. ¿Y sabe quién es? Un maleante.

—Él me había dicho que era investigador privado.

—Bueno... hacía algunos trabajillos sucios. ¿Sabe lo que creo? Creo que usted lo asesinó para evitar que diera ciertos informes.

—No.

—Bueno, eso es algo que tendrá que probar en el juicio.

—Inspector, ¿podría hablar con el comisario de Policía?

—¿Con sir Herbert? ¿Desea usted hablar con él?

—Creo que tengo derecho. Soy súbdito extranjero y agente del Gobierno de un país amigo. Creo que tengo derecho, ¿no?

—Preguntaré a sir Herbert si puede hablar con usted. Mientras tanto, no le oculto que hemos pedido a Washington que confirme su personalidad.

—No me importa, desde luego que no.

—Espere usted un poco, por favor.

Tardó más de una hora. Por fin apareció. Sus rubios bigotes aparecían mojados por el sudor.

—¿Quiere usted venir conmigo, míster Lexington?

Lexington atravesó una serie de pasillos por los que circulaban agentes de Policía blancos y chinos y fue introducido en un despacho amplio, con grandes ventanales sobre la bahía. Un hombre alto, colorado, de blanco bigote y vestido igualmente de blanco, se hallaba en pie tras de la mesa.

—¿Míster Lexington? Me alegro de conocerlo, aunque sea en las circunstancias actuales. Bien desagradables por cierto. ¿Tendría usted la amabilidad de explicarme lo ocurrido? Naturalmente, si no desea usted hacer declaración alguna...

—Lo que voy a decirle, sir Herbert, no es una declaración sino algo confidencial. En primer lugar, ¿han recibido ustedes respuesta de Washington a su pregunta?

—Puedo responderle en confianza que sí. Al parecer, usted es quien dice ser.

Lexington se limpió el sudor.

—Bien, señor, comenzaré por el principio.

Cuando acabó, sir Herbert Hamilton se quedó un momento pensativo.

—Así que se trata de Joe Jung, ¿verdad? Míster Lexington, no le oculto que el asunto es tremendamente desagradable. Hubieran hecho ustedes mucho mejor en habernos consultado antes de lanzarse a una aventura semejante.

A Lexington no le importaba asentir en las circunstancias actuales.

—Creo lo mismo, señor.

—Probablemente habrá una reclamación oficial, pero mientras tanto le voy a decir una cosa, míster Lexington: andan ustedes persiguiendo a una sombra.

—¿Cómo dice, señor?

—Una sombra, míster Lexington. Joe Jung no existe.

Lexington no permitió que se moviese un solo músculo de su cara.

—¿De veras, señor?

—Así es. No existe. Es una pantalla, un hombre inventado por

algunas personas, pero sin entidad real.

—Nosotros lo ignorábamos.

—Pues así es. Mire, míster Lexington; mientras se formula o no la reclamación oficial, pienso concederle a usted el beneficio de la duda. Usted es un agente del Gobierno americano y eso es algo que nosotros no debemos olvidar. Ese desdichado que ha muerto, ese... ¿Gregg?, era un tipo de muy malos antecedentes. Desde luego, se abrirá una investigación, porque...

—Porque alguien lo mató, señor. Y espero que no crea usted que fui yo.

—No, no, desde luego que no. Se abrirá la investigación, pero entre tanto, le ruego a usted que no ande por ahí persiguiendo sombras. Si necesita usted algún informe, diríjase a la Policía británica. Aunque a veces ustedes los americanos lo ignoren, nosotros tenemos también excelentes investigadores y no siempre nos negamos a compartirlos con nuestros amigos.

—Es usted muy amable, sir Herbert.

—No es nada, no es nada. Pero ¿eh?, no brujulee demasiado por ahí. Puede, ser peligroso. Mis hombres, al verlo armado, podían haber disparado... Un desagradable incidente, sin duda, pero podían haberlo hecho.

—Lo comprendo, señor.

Ningún trabajo le costaba asentir a todo. El caso era que lo soltasen.

—Este... sir Hamilton, ¿podría usted explicarme por qué razón alguien quiso inventar a Joe Jung?

—Pues... No, no puedo decirle quién, porque lo ignoro, pero el caso es que así es. No existe tal persona.

Lexington comprendió que no le sacaría una sola palabra más sobre el asunto. Las palabras de O'Toole volvieron a su mente: «Los ingleses mantienen relaciones diplomáticas con China comunista, nosotros no. No harán nada por molestar a su poderoso vecino del Norte, puede usted estar seguro de ello.»

—Bien, sir Herbert. En ese caso... supongo que puedo retirarme.

—Sí, desde luego, y perdone si ha habido alguna molestia... pero usted comprenderá que la culpa no ha sido nuestra. Y espero que lo haga constar así ante sus superiores.

—No se preocupe, sir Herbert.

Cuando salió a la calle, respiró a pleno pulmón, pese al sofocante calor.

De vuelta al hotel, se metió en su habitación, se preparó un whisky y permaneció casi media hora bajo la ducha. Toda la noche en la inmundicia comisaría le hacía sentirse sucio hasta los huesos. Bebió el whisky y se puso a pensar.

Gregg había sido asesinado. ¿Por quién? Probablemente por el hombre a quien esperaba, Li-Tsu, o por alguien enviado por él. ¿Por qué? La razón se le aparecía ahora bien clara. Habían querido cargarle el muerto. Porque alguien había avisado a la Policía instantes después de cometer el asesinato. Y si ahora no se encontraba en la cárcel, acusado de ese mismo asesinato, se debía únicamente al hecho de que la Policía británica de Hong Kong no deseaba conflictos con las autoridades de Washington.

Sonó el teléfono. La voz de la mujer de Lomaski llegó hasta él con la contraseña habitual. Ahora eran inútiles las precauciones y Lexington se lo dijo claramente. Un momento después Lomaski se ponía al aparato.

—Hay algo para usted, un mensaje. ¿Quiere que se lo lea?

Lexington asintió. El otro se lo leyó y el agente lo tomó taquigráficamente. Luego se despidió del secretario del cónsul y tradujo el mensaje.

Era muy sencillo. «Abandone y vuelva a los Estados Unidos.»

Encendió rabiosamente un cigarrillo. La situación era esta: Joe Jung existía, pese a las palabras del comisionado de Policía británico. Axinia lo había asegurado, y a no ser que ella tuviese algún motivo para engañarlo...

Y no parecía haberlo...

La Policía inglesa no tenía interés alguno en descubrirlo ni en hacer el menor movimiento para buscarlo. Muy bien, que no lo hicieran. Pero él no se iba a marchar con el rabo entre las piernas. Aún podía permanecer dos días en Hong Kong. Si eran o no suficientes para encontrar al escurridizo Joe Jung, eso era cosa que había que averiguar... sobre la marcha.

Salió al corredor y llamó a la puerta de la rusa. Un momento después, Axinia apareció, anudándose el cinturón de la bata.

—¿Puedo pasar un momento?

—Sí.

Se apartó y le dejó entrar.

—Axinia, vengo a proponerle un pacto.

Ella sonrió.

—Lo estaba esperando. ¿Qué clase de pacto?

—Acabar con Joe Jung. Escuche.

Y de un tirón le explicó lo que había ocurrido la noche anterior.

Ella no hizo ningún gesto. Fumaba tranquilamente.

—¿Ha dicho Li-Tsu?

—Sí.

Ella se puso en pie.

—¿Le importaría invitarme a una copa en el bar? Dentro de media hora.

Lexington se quedó un momento pensativo.

—Consultas, ¿eh?

—Puede llamarlo así, si quiere. Pero ahora necesito que abandone usted este cuarto. Usted ha hablado de un pacto. Comience a cumplirlo.

Lexington hubiera dado un año de vida por saber lo que iba a hacer la joven, pero en la mirada de ella leyó una firme decisión.

Salió y volvió a su habitación. Durante media hora estuvo fumando, mientras pensaba furiosamente. Ella no había hecho gesto alguno, pero al escuchar el nombre del chino, había podido observar un fugitivo brillo en sus ojos.

El teléfono sonó. La voz de la muchacha llegó hasta él.

—¿Me invita a esa copa, míster Cornet?

—La espero en el bar.

Se puso la chaqueta y descendió.

Apenas había dado un sorbo de whisky cuando ella apareció a su lado.

—Otro para mí —dijo—. Y ahora...

CAPITULO 9

LOS banderines chinos pendían a miles, flácidos en el bochorno del mediodía. Los vendedores de arroz hervido, de pescados secos, de pollos que eran descabezados al instante según el deseo de los compradores; los mendigos atiborraban las callejuelas estrechas y mal ventiladas en las que el aire era espeso y olía penetrantemente.

La joven, vestida con un traje immaculado de hilo blanco, callejeaba, con su máquina fotográfica al hombro. Junto a ella, Lexington lo curioseaba todo. De cuando en cuando se volvía y el agente federal sentía sobre él la mirada de los ojos grises, ocultos ahora tras de los lentes polarizados.

Ante una tienda de objetos de recuerdos chinos, alguno de los cuales llevaba aún en su interior las palabras «made in Cheskoslovenska», la muchacha se paró un momento. Un hombre encogido, un anciano casi, saludó inclinándose profundamente casi hasta el suelo.

—¿Cuánto vale este dragón? —preguntó ella en inglés.

El chino no contestó inmediatamente. Primero se extendió sobre la belleza del dragón de cerámica Ming (fabricado hacía pocos meses), sobre lo desdichado que se sentía al tener que vender tan

magnífica obra de arte, y por fin fijó un precio, mirando interrogativamente a la mujer para observar su reacción.

—Imposible —respondió ella—. Muy caro.

El chino indicó una cantidad sensiblemente inferior. Ella siguió moviendo la cabeza. Por fin el precio descendió a cinco libras.

—Cinco, menos dos chelines —respondió Axinia.

—Menos uno.

—Sí.

El chino cogió el dragón y lo examinó. Luego dijo:

—Dentro tengo otras cosas que interesarán a una señora tan entendida como usted. Si quiere usted pasar tendré mucho gusto en enseñárselas.

Axinia se volvió al agente federal.

—Vamos a ver eso tan interesante.

Pasaron al interior, atiborrado de objetos heterogéneos, los sortearon y, por fin, apartando una esterilla de juncos, penetraron en la vivienda.

—Veamos —dijo ella.

El chino se dejó caer en una menuda banqueta y quedó con la cabeza, al nivel de las rodillas de sus visitantes.

—¿Sí? —preguntó—. No nos puede oír nadie ahora.

—Necesito un informe.

—¿Sí?

—Sobre un hombre. Li-Tsu.

Los párpados del chino descendieron sobre sus pupilas de tinta.

—¿Li-Tsu? Es muy peligroso hacer preguntas sobre él hoy. Hay mucho... revuelo hoy.

Lanzó una mirada al agente.

—Ustedes dos, juntos... Señorita, usted está colocándose en una postura extraña.

—No se preocupe de eso, Fo-Ling. Sé lo que hago.

—Espero que lo sepa. Li-Tsu hace poco cortó el cuello a dos individuos.

—A tres —respondió Lexington—. A no ser que en esos dos incluyera usted también a un tal Gregg.

La muchacha se volvió hacia él con gesto brusco.

—Por favor —exigió—. Esto lo llevo yo.

—Si le dijese que no me gusta hablar delante de este hombre —

dijo el chino, frunciendo levemente las cejas—, ¿qué diría usted?

—Puede hacerlo. No volverá a interrumpirnos. ¿Por cuenta de quién trabaja Li-Tsu?

—Por cuenta propia... hasta ahora.

—¿Mató él a Gregg?

—Creo que... sí.

—Hay cien libras para usted, Fo-Ling, si me dice dónde puedo encontrarlo.

—No lo sé, pero...

Se rascó los ralos pelos de su barbilla.

—Hay alguien que puede encontrarlo. Fíjese. No lo sé seguro, pero ese alguien puede encontrarlo. Si la Policía lo busca.

Dirigió otra mirada de reojo hacia Lexington. Este movió la cabeza.

—No lo nombré. No dije a la Policía nada sobre él.

—Es el recaudador del canon de protección. Pero no hablará fácilmente.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Hará su ronda diaria, para que le inviten, dentro de poco. Pero, señorita, este asunto es muy peligroso. Hay un *tong* muy poderoso detrás de él.

—No me importa. Quiero ver a ese hombre... donde pueda preguntarle y tenga que responderme.

—No hablará fácilmente, le digo.

—No soy fácil en mis métodos, Fo-Ling.

Entonces el chino se puso a hablar en una lengua que a Lexington le pareció rusa. Habló durante casi dos minutos, mientras ella asentía de cuando en cuando. Cuando el chino acabó, ella sacó un puñado de billetes del bolsillo y se los entregó. Él le dio un papel, en cambio, escrito con caracteres chinos.

—Vamos —dijo.

—¿Qué le ha dicho? ¿Qué es eso que le ha dado?

—Lo siento, eso puede esperar. Venga.

La muchacha salió a la calle. La recorrieron en toda su extensión y penetraron en una casucha de tejado de uralita. Un anciano mendigo estaba tendido en un rincón. Les señaló una esterilla, en la parte opuesta, después de que ella hubo pronunciado unas palabras, y pasaron a otra habitación. Un olor dulzón llegó hasta la nariz de

Lexington.

Opio.

Cerró la boca. Otras dos habitaciones y, por último, un hombre, sentado en cuclillas, que fumaba pensativamente. La muchacha le enseñó el papel y el hombre abrió una puerta.

—Ahora, calle y no diga nada —dijo ella.

Durante casi media hora esperaron, en aquella semioscuridad, hasta que Lexington se sintió casi mareado. Luego, la puerta se abrió y un hombre penetró en la estancia.

Durante un instante, con los ojos entrecerrados, los examinó. De pronto, se volvió.

—No —dijo la joven—. Quédese donde está. No le deje salir, Cornet.

Lexington se colocó junto a la puerta. El chino vaciló un momento y luego sacó algo de entre las ropas.

Lexington le dio un golpe de canto en la muñeca y el cuchillo cayó al suelo. El chino le lanzó una patada al bajo vientre que el agente esquivó.

—Dele fuerte, antes de que grite —dijo ella.

El puño de Lexington chocó contra la mandíbula del hombre y lo lanzó al otro extremo de la habitación.

La muchacha se inclinó sobre él.

—Buen golpe.

—Yo también sé dar.

—Pues ahora, despiértelo.

Lexington lo sacudió fuertemente, hasta que el otro abrió los ojos.

—¿Dónde podemos ver a Li-Tsu? —preguntó Axinia.

El chino entrecerró los párpados. Apretó los labios.

La joven le puso las manos en la parte posterior de la cabeza y le hizo algo. El otro abrió la boca para gritar y Lexington se la tapó. Un gorgoteo ahogado le lamió la palma de la mano.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Los largos dedos de Axinia se dirigieron a sus ojos, mientras Lexington lo mantenía fuertemente apretado contra el suelo. Las uñas, pintadas de color cyclamen, estaban a medio centímetro de las córneas.

—Te voy a sacar los ojos —le advirtió.

Lexington cerró los suyos. Sabía que la mujer era muy capaz de cumplir lo que ofrecía. Por un instante, deseó largarse de allí y dejarlos a ambos. Pero el chino solucionó la tensión.

—En su casa —dijo—. Vive en... —y dio un nombré en chino.

—Sé dónde está eso —dijo ella—. Y ahora, duérmalo.

Lexington le golpeó debajo del mentón y el chino perdió el conocimiento.

—Venga.

Salieron. La muchacha dijo unas palabras al hombre que custodiaba la puerta del fumadero y este asintió.

—¿Lo vamos a dejar ahí? —preguntó Lexington.

—Vendrán a recogerlo. Los que vengan saben lo que tienen que hacer con él.

—Tirarlo a la bahía, supongo.

Ella se volvió. No llevaba los lentes polarizados, inútiles en el lugar en que habían entrado.

—¿Le importa? Es necesario. Pero usted está aún a tiempo de retirarse de la partida. Puedo jugarla sola.

—Seguiré —respondió el agente.

Estaban en uno de los cuartos que habían atravesado al llegar. Lexington le cogió la mano.

—Seguiré con usted. Pero dígame una cosa. ¿Hubiera sido capaz de sacarle los ojos a ese hombre?

—No hizo falta, ¿no es así?

—Pero ¿se los hubiera sacado?

—Yo... no lo sé.

Lexington inclinó la cabeza hacia ella. Los labios estaban muy cerca.

—Dígame que no.

—No.

La besó. Fue un beso fugitivo, porque ella se retiró al momento.

—Tenemos mucho que hacer. Esto no es sino el principio, aunque hemos terminado muy pronto. Creí que nos llevaría más tiempo. Estos pistoleros chinos suelen ser más duros.

—¿Sabe mucho acerca de los pistoleros de los *tongs*?

—Hay que aprenderlo todo.

—Axinia...

—¿Qué?

—Cuando esto acabe... yo tendré que volver a los Estados Unidos. No quisiera irme sin... diablos, sin que me prometiese que la veré de nuevo.

—El Inturist tiene más de cien viajes semanales a Rusia, Fred. Lexington se echó a reír sin alegría.

—¿Usted cree que me darían un visado a mí?

—Puede probar. Y ahora no podemos perder más tiempo. Los hombres que se encargarán de ese pobre pistolero van a llegar.

—¿Rusos?

—Lo que no sepa no le hará daño. Usted tendrá que volver a los Estados Unidos y decir allí todo lo que ha ocurrido, ¿no?

—Sí.

—Pues entonces...

—Axinia, ¿era uno de esos hombres el que estaba con usted aquella noche?

Ella lo miró atentamente. No sonreía.

—Sí.

—Comprendo.

—No, no comprende nada, pero no podemos perder tiempo.

El taxi los dejó en una calle corta, de hoteles grandes y bien contruidos. Lexington pagó y el taxi se alejó. Al calor del mediodía, solo dos o tres personas circulaban por las aceras.

Una de ellas era un hombre blanco, alto, que instalado ante un caballete, pintaba con despreocupación, en medio de la acera.

Cuando pasaron junto a él, Lexington se dio cuenta de que el lienzo estaba casi en blanco, apenas esbozado el dibujo. Hizo una mueca. Habiendo tanto color local en Hong Kong, un hombre pintando aquella calle casi inglesa era una estupidez.

La joven se paró ante una puerta y oprimió un timbre.

Un valet chino, con chaleco rayado de negro y rojo, les abrió.

—Míster Li-Tsu nos espera —dijo Axinia.

—Eso —dijo una voz detrás del valet—, no es exactamente verdad, pero adelante, señora, caballero.

El valet se apartó. Un hombre alto, grueso, vestido a la europea, con las manos llenas de anillos, estaba parado en medio de una sala pintada de delicados tonos en blanco, gris y oro.

Pasaron. El hombre se inclinó ligeramente ante ellos.

—Un refresco no vendrá mal en estos calurosos momentos, ¿verdad?

—No —respondió Axinia sonriendo—. No vendrá mal, míster Li-Tsu.

—Lo haré servir enseguida en el jardín.

Echó a andar delante de ellos, cruzó una puerta y se encontraron en un frondoso jardín interior. Tamarindos, plátanos bengalíes y rododendros lo llenaban de verde color y de sombra.

—Míster Lexington, tome asiento. Camarada Grigorovna, por favor.

Dio dos palmadas.

—Refrescos —dijo el valet—. Usted, whisky, naturalmente, míster Lexington. ¿Vodka para usted, camarada?

—Limonada, si puede ser.

Lexington miró a su compañera. Sonreía, con la hermosa boca entreabierta, mostrando los perfectos dientes.

—Sin veneno —añadió.

—Oh —el chino respondió a su sonrisa—. Naturalmente que sin veneno.

Hizo una ligera pausa.

—Aunque, naturalmente también, ustedes no saldrán vivos de aquí.

CAPITULO 10

HE aquí una afirmación rotunda —dijo Lexington—. Y estúpida, a mi parecer.

—Al suyo, sí, es posible. Y la camarada Grigorovna, ¿qué opina de ella?

—No opino. De momento, voy a beber, Jung.

—No, por favor, Jung no. Li-Tsu es mi verdadero nombre. Y es esa precisamente la razón por la cual ustedes no pueden salir de aquí vivos.

Se volvió a Lexington.

—Amigo mío, fue usted muy poco habilidoso en la trampa que le monté con la colaboración de míster Gregg. Solo cometí un error, pero era un error muy excusable. Yo ignoraba que él conocía mi verdadera personalidad. Me presenté a él con otro nombre, pero me descubrió. De todas formas, míster Gregg está ahora muerto, las autoridades se preocupan muy poco por el asunto y ustedes están aquí, conmigo, y con ninguna probabilidad de salir con vida.

—¿Por qué razón me montó usted la trampa? —preguntó Lexington.

—Es fácil de comprenderlo. No me gusta el F.B.I. Cuando me enteré de que enviaban a un hombre a Hong Kong, decidí que ese

hombre debería encontrar las mayores dificultades en su labor. Yo me encargué de procurárselas.

Hizo una pausa, mientras bebía algo amarillo pálido en un vaso alto.

—En cuanto a usted, camarada Grigorovna, espero me haga la justicia de pensar que no soy un tonto. Sabía que estaba usted aquí, en Victoria.

—Y... —dijo ella —, ¿sabía a lo que venía?

—Aproximadamente. Solo que...

—Solo que no se atrevió a ponerme dificultades a mí, ¿verdad?

—Pudiera ser, pudiera ser.

—Porque podía haber peligro para usted.

—Sí, pudiera ser. Como ve estoy dispuesto a aceptar mis limitaciones.

—¿Me permite una pregunta?

—Desde luego, camarada.

—¿De qué forma piensa acabar con nosotros?

—De la misma forma en que murió el hombre que envié a la habitación de míster Lexington.

Sus ojos se habían entornado. Una mano, cuajada de anillos, subió hasta el cuello de la camisa.

—Sentí mucho la muerte de ese hombre. Mucho. Y en memoria suya, le proporcionaré el mismo final a míster Lexington.

—Me siento muy poco honrado en compartir la suerte de un pistolero chino bastante vulgar —respondió el agente federal.

—¿Vulgar? No, no lo crea. Un hombre bastante extraordinario, pero cuya historia no me siento inclinado a contar ahora.

—Solo hay un fallo en su razonamiento —interrumpió Axinia—. No fue míster Lexington quien lo mató. Fui yo.

—¿Usted?

La mano bajó hasta la cintura.

—¿Usted? —repitió.

—Sí, yo.

—¿Y por qué intervino usted en el asunto? ¿O es que mi hombre la atacó a usted?

—No, lo atacé yo a él.

La joven sonreía. Lexington comenzó a sentirse inquieto. Li-Tsu parecía irritado.

—¿Por qué? Mi hombre solo quería hablar con míster Lexington.

—No, y usted lo sabe bien. Lo que quería hacer era matarlo.

—No, no; está usted equivocada. Así que usted lo atacó por defender a míster Lexington. ¿Por... razones personales?

—Y profesionales. Estamos hablando en confianza, Li-Tsu. Por razones profesionales.

—El Gobierno soviético, ¿tiene algún interés en míster Lexington?

—El Gobierno soviético tiene interés en usted.

—Lo supongo, pero no imaginaba que tanto. Así que usted atacó a mi hombre y lo mató.

—Sí, exactamente eso fue lo que ocurrió, Li-Tsu. Le metí una bala en el pecho y lo tiramos a la bahía.

—Lo tiraron a la bahía...

Se volvió a llevar la mano al cuello, como si la corbata lo ahogase.

—Entiendo. Entiendo, muy bien. Pues... eso cambia la cuestión. Le diré, camarada, que solo pensaba colocarla a usted en una posición en que no representase un peligro para mí, pero... eso cambia la cuestión.

—Su hijo era un asesino, Li-Tsu.

—No había matado a nadie... de esa forma nunca. Había combatido en el Ejército chino en Tíbet, pero no... no había motivos para llamarlo asesino.

—Bien, yo lo hago. Y me libré de él.

Li-Tsu dejó su vaso sobre la mesa. Lexington bebió un sorbo del suyo, preguntándose qué interés tendría la rusa en irritar a aquel hombre.

—No debió decir que había sido usted, Axinia —dijo—. Conque muera uno de nosotros hay bastantes.

—Oh, no me preocupa eso —respondió la muchacha tranquilamente.

—¿No? —preguntó Li-Tsu.

—Naturalmente que no.

—Admiro su valor, camarada Grigorovna, pero está usted equivocada. Pienso matarlos a los dos.

—Bien, pero eso no me preocupa. Sus días están contados, Li-Tsu. Si no es hoy, otra persona cualquiera llamará un día a su

puerta y usted habrá acabado.

—¿Otro ruso? No les temo a ustedes. Les respeto, pero no les temo.

—Otro ruso o un chino.

—¿Un chino? Usted está bromeando.

—Nosotros sabemos cosas que usted ignora, Li. Sabemos por ejemplo que el Gobierno chino no tiene interés en mantener indefinidamente esta política de fricción encubierta con la Unión Soviética. Que en el momento en que China entre en las Naciones Unidas, cosa que ocurrirá más tarde o más temprano, el Gobierno de Mao Tse Tung prescindirá de testigos... molestos, como usted.

—Eso no pasa de ser una bravata.

—Es posible. Sírname otra copa, Li.

El chino le sirvió. Ella bebió lentamente.

—Y ahora, Li, puede usted decir a ese pistolero que acecha detrás de la puerta, que estará más cómodo aquí dentro. Supongo que no será otro hijo suyo.

Li la miraba con atención. Parecía haberse olvidado de la presencia de Lexington. Este se maldijo. Debería haberse procurado otra arma. La que la Policía inglesa le había quitado, se le estaba haciendo muy necesaria en estos momentos.

Miró al bolso de la joven. Descansaba en las rodillas de esta, aparentemente inofensivo, pero Lexington sabía que dentro de él había una pistola muy peligrosa en aquellas bellas manos.

La pistola que él necesitaba ahora.

—Deme un cigarrillo —pidió la joven.

Lexington se lo alargó. Cuando iba a sacar el encendedor, vio los ojos de Axinia fijos en los suyos. Le estaba enviando un mensaje.

Hizo funcionar adrede el encendedor dos veces, sin arrancarle chispa. Ella entonces llevó la mano al bolso.

—Los encendedores americanos fallan pocas veces —dijo—, pero cuando fallan...

—Las pistolas inglesas no fallan casi nunca —respondió Li.

Un hombre había aparecido en la puerta y sostenía en su mano una pesada automática.

—Suelte ese bolso —dijo.

Axinia lo soltó.

—Solo quería coger mi encendedor.

—Démelo.

Axinia se lo tendió, siempre sin dejar de sonreír.

—Cuanta truculencia —dijo.

—¿Le costaría mucho callarse? —preguntó Lexington—. Está molestando a nuestros anfitriones.

—Cuando un anfitrión es tan forzoso como estos, enojarlos es un placer. Vamos, Li, ustedes no son tontos. Dejen en paz las cosas. Si su hijo murió, ya no se puede hacer nada. No es buena política dejarse llevar por las venganzas personales.

—Venga aquí —dijo el hombre de la pistola.

Li-Tsu, sentado en su silla, parecía adormilado.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—Aquí —respondió el hombre—. Aquí, donde estoy yo.

—¿Para qué?

—Para...

La joven lo miró largamente.

—No.

—Venga o iré yo a buscarla.

—Pues ¿a qué espera?

Lexington tensó los músculos. La situación se ponía crítica.

El hombre dio dos pasos hacia la muchacha, y se volvió hacia Li, como consultándolo con la mirada. El dueño de la casa permaneció inmóvil.

—Para esto...

Alzó la mano para abofetear a la joven. Lexington se puso en pie violentamente y al instante la pistola giró hacia él.

—¡No se mueva! —ordenó el chino.

Luego, con la boca de la automática, le golpeó en la mandíbula.

Lexington cayó hacia atrás, sintiendo un dolor intensísimo en la barbilla. Tropezó con algo que había detrás de él y se vino al suelo, de rodillas.

—Le dije que no se moviera.

—Ustedes —dijo Li-Tsu—deberían hacerme caso. No tienen la menor probabilidad de salir de mi casa con vida. Pero su muerte puede ser menos dolorosa si no se empeñan en complicar las cosas.

—Que seamos buenos chicos, en suma —dijo Axinia.

—Puede usted tomarlo a broma si quiere, pero la situación es seria.

Lexington comenzó a levantarse. Los ojos del pistolero se volvieron hacia él.

Por segunda vez, Lexington contempló el bien entrenado cuerpo de la joven en acción.

La patada alcanzó al chino en el bajo vientre. Era evidente que en la escuela de lucha en que aprendiera, no le habían insistido sobre la deportividad de la pelea limpia.

Al sentirse alcanzado en la parte más delicada de su anatomía, el hombre se dobló sobre sí mismo y la pistola siguió su movimiento. Cuando Lexington se iba a precipitar sobre él, ya la muchacha había descargado el segundo golpe.

Lexington miró a Li-Tsu. Este había abierto los ojos y se disponía a levantarse.

Lexington se fue hacia él y lo derribó de un golpe en el vientre y de otro en la mandíbula. Se cercioró de que no llevaba armas y luego se volvió hacia los otros.

Ver luchar a la mujer era un espectáculo extraordinario. Valía la pena.

Su segundo golpe había sido al plexo solar del chino, y también con la puntera del zapato. Los dos golpes habían sido tan rápidos que parecieron uno solo. Había empleado en ellos ambas piernas, una detrás de la otra. Un bonito paso de baile.

La pistola cayó al suelo y la joven se inclinó sobre ella. En ese momento, el jardín pareció llenarse de gente.

Dos individuos se precipitaron sobre Lexington y otros dos se dirigieron a Axinia.

El agente americano luchó como un demonio. Era evidente que no querían disparar allí, quizá porque hubieran podido ser oídos. Lexington dio dos golpes cortos que lo desembarazaron de sus adversarios durante un momento, pero luego algo golpeó dolorosísimamente su espalda. Se dobló hacia atrás, sitiando que le faltaba aire y pensando si le habrían clavado un puñal.

Cayó al suelo y vio que la joven estaba ya en él sujeta por las manos de los otros. Comprendió que habían perdido.

Los pusieron en pie bien sujetos.

—Lo siento por ustedes —dijo Li-Tsu—. Ya les dije que no debían hacer cosas como esta. Llévoslos.

—Ha sido un placer luchar junto a usted —dijo Lexington

sonriendo. Tenía un labio partido y la sangre chorreaba por la barbilla.

—Lo mismo digo, camarada.

CAPITULO 11

ESTABAN los dos en una habitación cuadrada muy pequeña. Sus cuerpos casi se tocaban. Las manos de ambos estaban atadas, pero no los pies.

—No me gusta esta manera de acabar —dijo Lexington, forcejeando con las ligaduras—. Le aseguro que no me gusta.

—No podemos elegir, eso es todo.

—¿Qué cree usted que harán con nosotros? Parece usted conocerlos bastante mejor que yo.

—Un poco. He vivido en China dos años. Pero no sé lo que querrán hacer.

Bajó la voz.

—Solo que... no está todo perdido.

—Supongo que los policías ingleses me habrán seguido.

—Es posible, pero no es de ellos de quien hablo.

—¿De quién?

La voz de Axinia se convirtió en un susurro...

—Puede haber micrófonos en alguna parte —dijo—. Pero no estamos solos. No soy tan imbécil como para meterme en las fauces de la fiera sin haber tomado precauciones.

Lexington se quedó un momento pensativo.

Luego, de pronto, el recuerdo lo asaltó.

—El pintor... —dijo.

Ella sonrió. Había bastante luz para que se vieran las caras.

—¿Un ruso?

Ella volvió a sonreír.

—Lo único que tenemos que hacer es procurar que nos saquen vivos de aquí. Aunque claro está que eso no depende de nosotros.

Lexington se aproximó a ella.

—Me alegro de haberla conocido, compañera.

—Yo también.

Lexington acercó su boca a la de la joven.

—Si saliésemos vivos de esto... ¿podríamos volver a vernos? Y no me hable de los viajes de la Inturist. En esos no hay manera de hacer otra cosa que seguir al guía. No podría... ¿no podría usted venir a los Estados Unidos? Hay allí porvenir para usted si abre una escuela de lucha libre.

—No tengo particular deseo de ir a los Estados Unidos. Me gustaría, sí, por conocer un país nuevo, pero si lo que quiere decir es que vaya allí a vivir... No. No me tienta.

—Usted no conoce aquello. Mucha gente ruega al cielo todas las mañanas porque se lo permitan.

—Yo, no. No, no creo que si salimos vivos de esto podamos vernos de nuevo.

—Yo lo deseo. ¿Es que usted no?

—Yo también.

Lexington pegó su boca a la de ella. Durante casi un minuto, los labios permanecieron unidos.

Cuando se separaron, ella dijo:

—Vamos a intentar obligarlos a sacarnos vivos de aquí.

—¿Cómo?

—Hay una manera. Dele un puntapié a la puerta. Haga ruido para que vengan.

Lexington comenzó a zapatear la puerta. Cinco minutos después se abrió y uno de los chinos apareció en ella.

—¿Qué quieren? ¿Tienen prisa por morir?

—Dígale a Li-Tsu que quiero hablarle.

El hombre cerró. Un poco después, el chino grueso apareció. Tenía un hematoma en la barbilla, donde le había alcanzado el

golpe del agente.

—¿Sí? —preguntó.

—Li, quiero decirle algo.

—Creo que quedan pocas cosas por decir.

—Li, mientras creía que podría controlar la situación, no me importaron sus amenazas.

Su voz sonaba temblorosa. Lexington se preguntó ante qué clase de actriz se hallaba. Parecía auténticamente dominada por el pánico.

—Pero no quiero morir. Tengo algo que puede servirle a usted.

—¿Sí? ¿Qué?

—¿Sabe lo que pensaban hacer con usted?

—No. Pero no me importa tampoco.

—¿No? ¿Sabe que en cualquier momento pueden llevar a efecto el plan, aunque yo haya desaparecido?

—¿Qué es? —preguntó el otro.

—Hay un hombre trabajando conmigo. Si los llevo hasta él, ¿me dejarán libre?

—Ese hombre... ¿Él sabe el plan que tenían ustedes preparado para mí? ¿Cómo es que no lo sabe usted?

—No lo conozco. Él sí. Si los llevó a él... ¿me dejará libre?

El chino reflexionó unos instantes.

—¿Dónde está?

—No, Li, esa es mi garantía, precisamente. No puedo decírselo. Pero puedo llevarlos donde está.

—¿Aquí, en Victoria?

—No, en Kau-lum.

—No he oído hablar de él. ¿Quién es?

—Es el hombre que creó el plan. Con eso debería bastarle a usted. Yo solo era su ayudante. Tenía una misión específica.

—¿Sabe una cosa, Axinia? No la creo.

—¡Tiene que creerme! ¡Le estoy diciendo la verdad!

—No. Está usted mintiendo. Ignoro con qué objeto, pero usted está mintiendo.

—¿No me cree?

—No. Cuando llegue la noche los sacaremos de aquí y no volveré a saber de ustedes.

—Está bien. Haga lo que quiera.

Li-Tsu dio media vuelta. Al llegar a la puerta, dijo:

—No soy un tonto, Axinia Grigorovna. No puedo creerlo solo con esas vaguedades.

—No puedo decirle otra cosa. Son mis garantías. Pero llévenme a Kau-lum y les demostraré que no miento. Y, le advierto una cosa, Li. Lo que piensan hacer con usted no es nada agradable.

—Puedo imaginármelo.

—Es posible, pero no de la manera como piensan llevarlo a efecto.

—Eso no me interesa.

Salió de la habitación y la puerta se cerró detrás de él.

—Lo siento —dijo Lexington—. Lo ha hecho usted muy bien, pero ese hombre no ha tragado el anzuelo.

Ella se volvió a mirarlo.

—¿Usted cree? ¿Se apuesta cien libras a que antes de media hora está aquí para aceptar mi proposición?

—Yo no la aceptaría. Huele a trampa desde una milla de distancia.

—Usted, no, pero usted no es chino. Lo verá.

Él se aproximó a la muchacha. Ella lo rechazó con el hombro.

—No, déjeme pensar. Cuando usted está tan cerca no puedo hacerlo con claridad.

—Supongo que ser un cumplido.

La luz que penetraba por el ventanillo se apagó casi por completo repentinamente. Levantaron la cabeza. Delgados chorros de agua caían por la parte de fuera.

—Llueve.

Durante casi un cuarto de hora escucharon el rumor de la lluvia que chorreaba interminablemente. Luego la puerta se abrió.

Li-Tsu estaba en el umbral.

—Vamos.

—¿Dónde?

—Va usted a llevarme donde está ese hombre.

—¿Por fin me cree?

—No del todo, pero nada arriesgo. Así como así, si me engaña, no durará mucho. Vamos.

—Li, usted no es tonto. Sabe que me tiene en sus manos. No le engaño. Ese hombre está donde le digo.

Li pensó un momento.

—Le voy a desatar las manos. No quiero que la vean en el ferry con ellas atadas. Pero en todo momento habrá un hombre nuestro junto a usted con un cuchillo en la mano. No durará ni un segundo si dice o hace algo que nos haga entrar en sospechas.

—No lo haré.

—La voy a llevar solo a usted, naturalmente.

Axinia se volvió al americano.

—Lo siento, pero es necesario.

Lexington sintió que una losa de plomo descendía sobre él. La voz de la joven había sonado fríamente.

—Comprendo —dijo—. Bueno puede que yo hiciese lo mismo en su caso... No, no lo haría, pero es igual.

—Lo siento —repitió ella con indiferencia—. Es necesario. Yo no quiero morir.

—Comprendo.

Li-Tsu se apartó y la joven salió. La puerta se cerró.

Un cuchillo cortó las ligaduras de Axinia. Al instante el mismo el cuchillo se pegó a su costado.

—Vamos —ordenó Li-Tsu.

Atravesaron el amplio vestíbulo hasta llegar a la salida.

Iban tres hombres, Li-Tsu y la mujer. El valet del chaleco de rayas abrió.

—Hay un automóvil fuera —dijo Li.

Llovía como si se hubiera abierto un grifo encima de ellos. Las gotas, pesadas, barrían la calle. Un «Bentley» color gris estaba parado frente a la puerta de casa.

Al otro lado de la calle, el pintor se había refugiado bajo las hojas de un grueso tamarindo. Contemplaba su lienzo, empapado por el agua, con aspecto desolado.

Salieron y se dirigieron hacia el «Bentley».

En ese momento, el pintor sacó su estuche de colores, lo abrió con gesto rápido y extrajo de él algo. Al mismo tiempo un automóvil oscuro se acercó por el otro lado de la calle, llevando su izquierda.

Li-Tsu fue el primero en darse cuenta. Gritó algo en chino, y los hombres que sujetaban a Axinia se volvieron.

Lo que el pintor tenía en la mano no era precisamente un pincel,

sino una pistola ametralladora de tamaño muy pequeño y provista de un cilindro muy pequeño en la boca.

Disparó dos veces. No se oyó nada, pero Axinia vio el reflejo amarillo de los disparos.

El hombre que estaba a su lado se desplomó en el suelo, Axinia hizo un rápido movimiento y se separó del cuchillo. El hombre que sostenía este intentó clavárselo en el pecho, pero ella se dejó caer sobre el suelo encharcado. El agua que caía como un torrente le dificultaba la visión.

La pistola ametralladora volvió a entrar en acción, y el hombre del cuchillo rodó sobre sí mismo.

Li-Tsu echó a correr hacia la casa, cuya puerta se había abierto. El tercer pistolero había levantado su pistola y disparaba contra el pintor.

El auto que avanzaba por la calle se interpuso rápidamente y de una de las ventanillas brotó un fogonazo. El chino se desplomó.

Todo ello había ocurrido en tres segundos escasos.

Axinia corrió detrás de Li-Tsu para evitar que cerrase la puerta después de entrar, y el pintor la siguió. Del coche que acababa de llegar bajaron otros dos hombres, que se unieron a ellos, resbalando sobre la encharcada acera.

Axinia solo tuvo tiempo de apartar el cuerpo cuando el «valet» disparó sobre ella. La bala se perdió en la lluvia.

El pintor y los otros dos hombres se lanzaron sobre la puerta, que comenzaba a cerrarse, y el empujón los lanzó a todos adentro como si los hubiesen catapultado.

El «valet» alzó la pistola, pero uno de los hombres disparó contra él. Li-Tsu corría hacia el fondo del «hall», pesadamente, bamboleando el grueso trasero.

—¡No lo matéis! —ordenó Axinia—. ¡Cuidad de que no escape! ¡Hay más hombres en la casa!

La puerta del cuarto en que estuviesen encerrados momentos antes se hallaba cerrada firmemente.

—Dispara sobre ella —ordenó Axinia.

Uno de los hombres tiró contra la cerradura y esta saltó. Axinia se precipitó en el cuarto. A lo lejos se oyó una detonación. Luego otras dos y después silencio.

—¿Está bien? —preguntó la joven.

—Sí. ¿Qué diablos...?

—Tenía que hacerlo —respondió ella hablando muy aprisa—. Sabía que si lográbamos poner el pie en la calle, las cosas cambiarían. Y han cambiado.

—Bueno, quíteme las ligaduras.

Un relámpago atravesó los ojos grises de la muchacha.

—No. No hay tiempo. Venga.

—Pero con los brazos desatados correré mejor.

—No hay tiempo, le digo.

En el «hall» se habían reunido los tres hombres. Li-Tsu estaba entre ellos, con la cara de color terroso.

—No ha estado mal la jugada —dijo—. No, no ha estado mal. Usted tiene muchos recursos.

—Sí. ¿Qué ha ocurrido?

—Había otros dos —respondió el pintor—. Liquidados.

Era un hombre alto, de pelo oscuro y pómulos fuertemente acusados. Se limpió las manos en el sucio jersey y miró a Li-Tsu. Lexington lo reconoció. Era el que vio en el vestíbulo del hotel.

—Así que este es Joe Jung.

—Sí.

—Y este el agente americano. Lo siento, compañero. Espero que esté usted bien.

—Lo estoy, pero si alguien quisiera quitarme estas cosas...

Axinia y el pintor cambiaron una mirada.

—Escuche, Lexington, nos vamos a llevar a Li-Tsu.

—No pueden hacer eso.

—Por pensar así, precisamente, está usted atado. Nos lo vamos a llevar. Y a usted con nosotros.

—¿A Rusia?

—No será necesario ir tan lejos. Lo desembarcaremos en Kaulum. Una vez allí, podrá volver a Victoria cuando quiera.

—Desátame.

—No.

—No podemos perder tiempo —dijo el pintor—. Alguien ha podido notar algo. Vamos, al coche.

Axinia tomó a Lexington del brazo.

—Por favor —dijo en voz baja—. Hágame caso.

—¿Y si me resisto?

—No respondo de los demás. Pueden matarlo. Nos estamos jugando mucho en esto. Si nos descubren, podemos ser internados o algo peor. Li-Tsu es súbdito británico.

—Pero, ¡maldita sea!, yo no puedo dejarles a ustedes que hagan eso.

—¿Por qué?

—Porque...

—Ustedes querían obligar a Li-Tsu a dejar de hacer su chantaje. Nosotros se lo vamos a quitar de en medio. ¿No llaman cooperación a eso?

Había algo que se rebelaba en Lexington contra aquello, pero el razonamiento, tenía que admitirlo, era perfecto. Ambos querían la misma cosa: eliminar a Li-Tsu. Los métodos eran los que variaban.

Pero ¿cómo hubiera él «frenado», como decía O'Toole, a Li-Tsu? No tenía la menor idea. Lo hubiera pensado sobre la marcha. Entregarlo a las autoridades inglesas hubiese sido lógico, pero ¿hubiera permanecido mucho tiempo quieto después? ¿No lo habrían soltado los ingleses y él hubiera podido volver a sus actividades? Muy posible. En ese caso.

Lo que él no quería reconocer, era que no deseaba separarse de Axinia todavía.

Todavía, no.

—Vamos, Axinia —ordenó el pintor.

Y empujó sin violencia a Lexington hacia la puerta.

CAPITULO 12

EL coche se detuvo en la embocadura del ferry. Cuando les llegó el turno, hicieron pasar el vehículo y lo aparcaron en el lugar que les indicaba el vigilante del barco. El pintor estaba al volante.

Lexington iba entre la muchacha y uno de los agentes rusos. Le habían desatado las manos y fumaba cigarrillo tras cigarrillo. A ratos, sentía la mano de Axinia sobre la suya, y aquel contacto le hacía correr una descarga eléctrica por su brazo arriba.

El ferry desatracó. Lentamente embocó la bahía, bajo la lluvia hacia Kau-lum.

La corriente era muy fuerte. El barco cabeceaba y se hundía para volver a subir en la cresta de las olas. Había marejada.

—Daría cualquier cosa por una taza de café —dijo Lexington.

—Lo siento —respondió ella—. No podemos bajarnos.

—Lo sé, era un comentario simplemente.

La muchacha pareció reflexionar. Luego se volvió hacia el hombre que iba al otro lado del agente federal y le dijo unas palabras en ruso. El asintió, después de una ligera vacilación.

—Vamos —dijo Axinia.

Se bajó, después de abrir la portezuela. Lexington la siguió.

—¿Estás segura de que tus compañeros me dejarán marchar? —

preguntó.

—Sí.

Ella le miraba francamente a los ojos.

—¿Es que no me crees?

—Sí.

Ella le miraba francamente a los ojos.

—¿Es que no me crees?

—Sí, te creo. Y después de esto...

Hizo una pausa.

—Después de esto, yo tendré que pedir la dimisión.

—¿Por qué? Has cumplido la misión que te encomendaron, ¿no? No tienes que decir sino que Li-Tsu no volverá a extorsionar a los ciudadanos americanos.

—No puedo hacer eso.

—Pero ¿por qué?

—Porque hay algo que se llama ética profesional. Tengo que explicar a mis jefes que tuve a Li-Tsu entre las manos y lo dejé marchar.

—Pero ¡no lo dejaste marchar! Nosotros nos lo llevamos sin que tú pudieras impedirlo.

—Es inútil. Eso no son sino palabras vacías. El caso es que lo dejé marchar, sin pelea.

Axinia sonrió. Era una sonrisa un poco triste, o se lo pareció a él, al menos.

—¿Qué harías si nosotros pusiésemos en tus manos a Li-Tsu y te dijésemos que hicieras con él lo que quisieras? ¿Qué harías?

—No lo sé.

—Entonces...

—Entonces no se trata de eso. Se trata de que me habéis arrebatado la misión. Mira cómo sonará esto en oídos de mis jefes: «Llegaron los rusos, señor, que también tenían sus cuentas pendientes con Joe Jung, y se lo llevaron, después de que yo había estado a punto de alcanzarlo.» ¿Crees que me preguntarán qué es lo que pensaba haber hecho con él? No. Se limitarán a decirme: «Ha estado usted haciendo el tonto, muchacho. Tenía usted que haberse adelantado a ellos.»

Calló, con un gesto de amargura en la boca. Ella le cogió la mano.

—Lo siento.

—Es igual. No hay remedio. Continúen.

—¿Quieres que te dejemos libre ahora mismo?

—No, continuaré.

Ella vaciló. Había en torno a sus ojos arrugas de tensión.

—Fred... ¿De veras querrías volver a verme?

—Sí.

Luego:

—Claro que sí. Lo deseo más que ninguna otra cosa.

—En ese caso... Vuelve a tu tierra.

—¿Qué diablos quieres decir? No soy ningún niño. No necesitan darme un caramelo para que no llore.

—Ni yo lo intento. Solo digo que vuelvas a tu tierra y esperes.

—¿Quieres decir...?

—No puedo decir más. Jamás creía que haría una cosa así. Y, recuérdalo, nada en absoluto me llevaría a hacer esto... Solo tú. Y ahora, debemos volver.

Lexington la tomó en sus brazos, sin que ella tratase de impedirlo. Algunos de los pasajeros que estaban tomando su café se volvieron para mirarlos.

Luego volvieron al auto.

—Axinia —dijo el pintor secamente—. Creo que ya se han acabado los juegos por hoy.

—De acuerdo.

—Estamos llegando. Lexington, lo vamos a dejar en el puerto. Pero no solo. Uno de estos hombres se quedará con usted. Eso es para impedir que haga alguna tontería.

—No pienso hacerlas.

—Lo siento, pero no podemos arriesgarnos. De todas formas, esta vez hemos trabajado juntos.

—Deberíamos hacerlo muchas más.

—No somos nosotros quienes pueden decidirlo. Siempre hay alguien por encima.

El ferry estaba llegando a Kau-lum. La borrasca dificultaba el ataque, pero al final logró colocarse en su lugar, entre otros dos. Los automóviles comenzaron a desfilar, pasando ante el puente de grúa y las cabinas de control.

El de ellos lo hizo cinco minutos más tarde. Rodaron durante un

momento entre los casetones del muelle y por fin el pintor frenó.

—Aquí, Lexington. Hemos llegado.

Se bajaron. Había pocas personas bajo la continua lluvia.

—Encantado.

Le tendió la mano y Lexington se la estrechó.

—No conozco su nombre.

—Es igual. No hace al caso. Vamos. Axinia.

La muchacha alargó la mano y Lexington la cogió.

—Adiós, Fred.

—Adiós,

«No te vayas», estaba pensando furiosamente. «No te vayas. Quédate aquí, conmigo, y vente a los Estados Unidos. Ven conmigo.»

Pero era un grito silencioso. Decirlo en voz alta hubiera equivalido a comprometerla. Las manos se desasieron.

Los vio alejarse. Uno de los hombres, un joven de baja estatura, delgado, se quedó junto a él.

Los otros se metieron en el automóvil y el vehículo echó a rodar silenciosamente.

—¿Un barco? —preguntó Lexington a su compañero—. ¿Vuelven allá en barco?

—Sí.

—¿Ruso?

El otro se volvió hacia él.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Es igual. No me lo diga. De todas formas no pienso ir a la Policía inglesa con el cuento, amigo.

El otro no contestó. Durante casi media hora fumaron en silencio. Luego el hombre se volvió a Lexington.

—Puede marcharse.

—Supongo que me va a decir que si lo encuentro cualquier día en la calle, no debo dar señales de haberlo reconocido.

—No hace falta. No estaré mucho tiempo aquí.

—Yo tampoco. Adiós.

—Adiós.

Y Lexington se dirigió lentamente hacia las oficinas de boletos para el ferry de vuelta.

El inspector O'Toole, jefe de los Servicios de Coordinación del F.B.I., cogió el papel que estaba leyendo y se lo alargó a Lexington.

—Lea, Fred.

Lexington leyó. Era un comunicado escueto. Y venía de Moscú.

«En medios bien informados rusos ha circulado la noticia de que un jefe de saboteadores políticos llamado Joe Jung ha sido apresado por las autoridades de Tanu Tuva, acusado de promover disturbios entre las guarniciones fronterizas... chinas y soviéticas. Probablemente se dará un comunicado a la Prensa dentro de pocos días. Se cree que Joe Jung será juzgado por dichas autoridades en plazo no muy lejano. Fin.»

—Bueno, y ahora falta nuestra versión —dijo Lexington.

—¿Nuestra versión, Lexington? Usted necesita dormir un poco. No hay versión del F.B.I. No hay más versión que la de nuestro comunicante en Moscú.

—Comprendo. En ese caso...

—En ese caso, cerrar la boca y no volver a molestar al presidente con cuentos como el que le soltó usted la última vez que lo vio.

—Entiendo.

—Y olvidarlo todo. Hay cosas que más vale olvidar. Todos contentos. Es una orden, Fred.

—Sí, señor.

Salió del despacho.

«Todos contentos», pensó. «Incluso yo debo estarlo.»

Se dirigió a su departamento. Justamente cuando se disponía a meter la llave en la cerradura, un repartidor de telegramas lo alcanzó.

—¿Lexington?

—Sí.

—¿Quiere firmar?

Firmó y se guardó el amarillo papel en el bolsillo de la chaqueta. Cuando se quitaba esta para meterse en el baño, lo abrió.

—«Compañero, ¿qué tal si nos viésemos un día de estos? Cuando

se abran las sesiones de la O.N.U., por ejemplo. A.»

Lexington se dejó caer en una silla. Suspiró profundamente.

Luego su mirada se dirigió al calendario, sobre la pared. Las sesiones de la O.N.U. se abrían el 17 de septiembre. Y era el día 2.

Luego, silbando tenuemente, se metió en la ducha.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

TEMAS TRATADOS
PARA EL MUNDO DE HOY
TAN SUGESTIVOS
COMO:



Los tabúes
sexuales
Oniromancia
El futuro
La inquisición
El horror nazi

Pídalas en su kiosko habitual



Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. **25** PTS.